

KAIRÓS

REVISTA DE CULTURA
Y CRITICA ESTETICA

AÑO I
No. 2

EN ESTE NUMERO:

ALFREDO LLANOS

*El "Martín Fierro" y su dimensión
histórico-social.*

CARLOS ASTRADA

*Autonomía y universalidad de la
Cultura Latinoamericana*

A. ROGE

*Caracteres materialistas y dialécticos
de la filosofía presocrática*

J. ESPALLA

*Rosas y una pretendida
industrialización*

Además:

*Obras, temas e ideas, con las siguientes
notas: Radiografía del neocolonialismo,
Adulteraciones de G. Lukács, Alberini y
las ideas políticas argentinas, Un Premio
Nobel para Indoamérica, H. Hauser y
sus traductores, Síncope literario desde
Estocolmo, Cincuentenario de la Revo-
lución.*

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1967

kairós

REVISTA DE CULTURA Y CRITICA ESTETICA

Publicación Cuatrimestral

Registro de la Propiedad Intelectual N° 944109

AÑO I

N° 2

BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1967

Director: ALFREDO LLANOS

No se admiten colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados

Los artículos y notas firmados, que no pertenecen a la Dirección, expresan la opinión de sus autores y no, necesariamente, la de la revista

La correspondencia debe dirigirse a nombre de: ALFREDO LLANOS, Casilla de Correo N° 3908, Correo Central - Buenos Aires

PRECIO DEL EJEMPLAR: 100 PESOS

SUSCRIPCION ANUAL: \$ 300.—

PARA EL EXTRANJERO: 2 DOLARES

FEDERACION GRAFICA BONAERENSE

MORENO 1467

T. E. 37-6452

El "Martín Fierro" y su dimensión históricosocial

Por ALFREDO LLANOS

El pueblo tiene su propia literatura, espléndida, imposible de imitar, y que nace del propio pueblo. — Tolstoi.

El gaucho Martín Fierro, esto es, la primera parte del poema, apareció a fines de 1872. La edición, muy modesta, estuvo a cargo de la imprenta La Pampa, de la calle Victoria 79, e incluía, quizá para dar mayor cuerpo al volumen, una memoria sobre el camino trasandino, del mismo Hernández, que ya se había publicado en un periódico de Rosario y en otro de esta capital. La crítica no le concedió al libro casi ninguna importancia; lo consideró una expresión más del género gauchesco que con Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Lussich parecía haber agotado su ciclo vital. Este retoño campesino se incorporaba, según el dictamen reticente de los mentores literarios de la gran aldea, con mucha tardanza a la lista de la poesía rural, demasiado henchida de ejemplos vulgares. El ambiente de los cenáculos le fue decididamente desdeñoso, por no decir hostil, si se exceptúan algunos juicios condescendientes dictados por la amistad o la cortesía. Pero es evidente que el autor no creó la obra para la crítica ni restringió el contenido de su mensaje a un círculo de presuntos entendidos.

El gaucho Martín Fierro contenía, en efecto, una carga explosiva que iba a estallar muy pronto en una reacción incontenible. El contacto con el público fue extraordinario. En seis años se publicaron once ediciones que sumaron cuarenta y ocho mil ejemplares. Un éxito sin precedentes para un poeta novel, a quien hasta el presente se consideraba como un periodista, que dirigió un diario de efímera vida, El Río de la Plata, y otras publicaciones de menor cuantía y resonancia que vieron la luz en el interior de la República.

Mas no terminó aquí la tarea poética de Hernández ni la proyección de su poema. En 1879, y con una tirada de veinte mil ejemplares, convenientemente ilustrada, salió la Vuelta, bautizada y exigida por el público, que de esta manera participaba en la instauración del monumento literario que debía perpetuar la rebeldía y los ideales

del gaucho perseguido. La labor creadora, contra lo que supone Lugones, había sido en uno y otro caso empujada por factores conscientes; el poeta tenía clara noción de haber asumido la defensa de sus hermanos y el destinatario anónimo respondía a su vez con un anhelo que aspiraba a ampliar la base en que se apoyaba esta concepción del mundo que era la suya propia.

Se concluye, entonces, que el impacto editorial no se debía al azar ni Hernández tampoco resultaba un vate improvisado. El público que estaba más allá de los críticos y los preceptistas advirtió enseguida el sentido profundo de la obra y la presencia del cantor inspirado que rescataba los valores de la estirpe. Justo cuando el gaucho parecía haber sido eliminado físicamente, después de la feroz guerra de policía llevada contra él por los hombres del despotismo ilustrado y la posterior ofensiva del progreso inaugurada por el ferrocarril y la inmigración pretendían aniquilar los restos que a esa destrucción en masa habían escapado, una voz fraterna y potente recogía la tradición de la pampa y la elevaba a la jerarquía de epopeya nacional. Y el reconocimiento consagraba definitivamente el libro ya que en este caso la sanción provenía del pueblo, el que estableció una íntima comunidad con su poeta, ratificada por las generaciones sucesivas. Los auténticos exegetas tardaron en llegar para ubicar al libro en su verdadero contexto científico, pero al fin se abrieron paso entre los prejuicios de las empinadas escuelas europeizantes o castizas que se empeñaban, unas en disminuir el género gachesco porque no seguía los modelos clásicos de la poesía, y otras porque no respetaba los rígidos preceptos de un idioma español que en su cuño peninsular ya no puede ser el nuestro. Lugones, a pesar de las contradicciones propias de toda tarea inicial, se convirtió en el pionero de esta causa de la argentinidad, gracias a sus conferencias de 1913, en las que enalteció los valores épicos y estéticos del poema: después Carlos Alberto Leumann, con su hermosa edición crítica de 1945, fijó el lenguaje y el estilo de la obra hermandiana, y Carlos Astrada finalmente (1948 y 1964), acotó el ámbito filosófico dentro del cual debe situarse la epopeya del gaucho y su sentido mítico prospectivo.

Antes del **Martín Fierro** la literatura gauchesca había producido sólo expresiones muy modestas destinadas en particular a hacer reír y en las que comúnmente se ridiculizaba al gaucho. Además eran siempre obras en las que el poeta vertía su visión de la campaña a través de un lenguaje convencional que imitaba el estilo campesino sin poder ocultar su origen urbano. Este es el caso de Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Lussich, versificadores más o menos afortunados aunque superficiales, que no tuvieron nunca el propósito de profundizar en un tema que para ellos carecía, en el fondo, de trascendencia. La gloria de elevar el género a su máxima altura y de valerse de

él para fijar la esencia de la estirpe criolla le estaba reservada a un hombre de otro temperamento artístico, empujado por motivaciones mucho más hondas, y dueño de un estro poético cuyo alcance sobrepasa los límites del espacio y del tiempo.

Una coyuntura histórica fundamental caracteriza el canto y lo vertebraba en su unidad dramática: la persecución del gaucho. La lucha contra el nativo surgió poco después de Caseros. Los historiadores revisionistas responsabilizan a los gobiernos de Mitre y de Sarmiento por la represión desatada en todo el país y cuya víctima principal fue el general Peñaloza, caudillo riojano. Hernández denunció desde Paraná el alevoso asesinato. Por su parte, Alberdi afirma que la vida real del Chacho no contiene un sólo hecho de barbarie igual al perpetrado en su persona. Modernos glosadores de la historia oficial aseguran que el autor de **Facundo** no tuvo responsabilidad alguna en este luctuoso acontecimiento. La culpa recae sobre Irrazábal, aunque se acepta que el prócer sanjuanino se excedió "en la felicitación" al ejecutor material del hecho. Es innecesario destacar que hubo miles de infelices sacrificados por los ejércitos regulares. En el litoral, a partir de Pavón, resultó habitual la práctica de las levas para castigar la rebeldía social y electoral del gaucho, y éste es el pretexto externo del poema.

La guerra de policía que los gobiernos mencionados realizaron contra el nativo estaba destinada a consolidar el nuevo orden. Este régimen reconocía antecedentes lejanos e inmediatos: la introducción del liberalismo durante la colonia, etapa previa al asalto del capital inversor, y, entre los últimos, el triunfo de Caseros que consumó el proceso de afirmación de la burguesía terrateniente criolla, instrumento a su vez de la poderosa ofensiva financiera inglesa, según lo documenta Ferns en su libro **Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX**. Las persecuciones se aceleraron en la década que corre del 60 al 70 durante la cual el exterminio y despojo de los gauchos fueron tan intensos como la penetración de la influencia sajona. Hernández es, entonces, un testigo ocular calificado de esta luctuosa historia. En su honor debe decirse que asumió públicamente la defensa de las víctimas y que halló la forma poética definitiva para inmortalizar al gaucho arquetípico.

El poema aparece en el instante en que la burguesía terrateniente ha extendido su dominio sobre las mejores tierras de la pampa y ha legalizado su posesión mediante la validez que las legislaturas surgidas de elecciones, que de tales sólo tenían el nombre concedieron a los títulos respectivos. La maniobra se efectuó sin que hallara ningún impedimento en la doctrina agraria rivadaviana. En efecto, la enfiteusis, según Andrés Lamas, y los epígonos que sin mayor averiguación se han apropiado de sus juicios, era una creación revolucio-

naría, llamada a cambiar la fisonomía del país. Si ese cambio no se produjo, ello se habría debido al fugaz paso de Rivadavia por el gobierno, en primer lugar, y andando el tiempo, a la acción de Rosas que boicoteó la ley, puesto que distribuyó a capricho grandes extensiones de tierra entre sus lugartenientes y allegados, quienes la siguieron detentando y usufructuando después que aquél se alejó del país. Esto es cierto, pero también lo es que la citada ley tuvo su origen en causas políticas y financieras que sólo en la apariencia pueden confundirse con un verdadero intento de reforma agraria. Ricardo Piccirilli, biógrafo autorizado en este caso, dice en **Historia de la Nación Argentina**, tomo 6, luego de rechazar los elogios tributados por Lamas a Rivadavia: "Le sobran virtudes a don Bernardino en otros campos del pensamiento para prodigarle la que no disputó. La tierra no perdió la posibilidad de ser enajenada, y mientras tal hecho no pudo realizarse, ella sirvió para respaldar en hipoteca la deuda contraída primero por la provincia de Buenos Aires y más tarde por la Nación. Lo que el gobierno procuró fue que la tierra del Estado no permaneciera ociosa mientras estuviera gravada por las exigencias del empréstito contraído en Londres".

En consecuencia, se podía pasar casi sin transición de la enfiteusis al reparto discrecional realizado por Rosas y confirmado y ampliado después por los liberales de Caseros. El acaparamiento de la tierra y su especulación provocaron en esta época negociados muy turbios que aparecen aludidos continuamente por Hernández.

Esta democracia *sui generis*, constituida contra el propio interés de sus creadores, según la *boutade* de Lugones, puso al gaucho fuera de la ley y lo redujo a la condición de paria del suelo que había ayudado a liberar. Convertido en delincuente lo sorprende el poeta quien se dispone a cantar sus desdichas y denunciar el despojo de que fue víctima. La historia de Martín Fierro abarca una época infame que ensangrentó al país al par que consolidó el predominio de una política adversa a los intereses nacionales. En esa encrucijada adquirió perfiles sistemáticos la política de entrega que ha anestesiado el alma argentina y enajenó el patrimonio moral y material de un pueblo que en sus orígenes aspiró a liberarse no sólo de la servidumbre eclesiástica sino también de la sujeción a la economía internacional.

El **Martín Fierro** es así el proceso contra el liberalismo de Caseros, que consecuente con su aparición, gobernó al país secundando las gestiones de sus mandantes, los grandes inversores e importadores ingleses. Nuestras clases dirigentes, en lugar de mostrar al instante del triunfo sus condiciones de mando y energía, que fueron características salientes de las grandes burguesías europeas, apenas si evidenciaron aptitud para copiar servilmente los modelos institucionales

hallados fuera de la frontera, los que, por rara coincidencia, tendían siempre a beneficiar la casta ganadera. Los mismos intelectuales del régimen, en sus fugaces momentos de sinceridad, tienen que aceptar el fracaso de la concepción liberal del mundo aunque no se animen a investigar las causas profundas de la frustración argentina. Eduardo Mallea, por ejemplo, formula la siguiente confesión en su libro **La vida blanca**, que no enaltece a la escuela de Sarmiento ni a la universidad de Rivadavia: "¿Quién que se asomara a nuestros cuadros educativos, primarios, secundarios, universitarios, lograría el placer de comprobar la presencia de grandes existencias jóvenes encaminadas en un sentido cultural y social definido? No presenciaria más que la preparación pragmática más urgente, más superficial y más cruda". Parece que el autor de estas reflexiones quisiera decir que la educación que el Estado ha impartido durante más de un siglo sólo ha servido para cimentar el orden económico establecido a partir de la organización nacional. Pero él no ve más que el efecto de la política liberal, o sea que mientras se refinaban los ganados y se extendía el ferrocarril se mantenía con celo eclesiástico la enseñanza dentro del ámbito semicolonial. Las vacas en la pampa, se han comido a los hombres, podríamos expresar parafraseando a Tomás Moro. Y el resultado que observa Mallea es correcto si bien las razones que lo han provocado se le escapan: un determinado régimen económico produce la necesaria instrumentación ideológica que necesita para funcionar; si pretende franquear ese límite atenta contra sí mismo. Así los argentinos han tenido hasta ahora la escuela y la universidad que exigía el desarrollo de sus fuerzas productivas. La gran masa sólo tenía que saber leer y escribir para ser más útil que el esclavo ignorante y poder conocer la gesta de sus antepasados recientes; de la minoría selecta restante, una parte se dedicaría a la literatura para el consumo interno, y la otra, como en **La República** de Platón, asumiría la responsabilidad de gobernar y legislar para la moderna Arcadia levantada en la pampa.

Ha habido, por supuesto, voces discordantes frente a esta situación. El proceso histórico no depende de la voluntad de una clase sino que obedece a leyes insertas en las cosas mismas. Hernández advirtió con mayor lucidez que otros el desarrollo de los acontecimientos de su época y los elementos disolventes que se encerraban en ellos. Su pluma no se mueve a impulsos del placer estético; esta categoría del arte burgués con que se encubren las deformaciones sociales y se desvía la atención de los problemas más urgentes, está ausente en el poeta; hay que leer la carta que sirve de prefacio a la primera parte y las palabras de advertencia que preceden a la **Vuelta** para comprender que Hernández es un combatiente más al lado de sus gauchos, a pesar de las contradicciones que emergen de su condición de miembro de la

casta dirigente. Por eso resulta abusivo —o sutilmente jesuítico— el argumento de que el **Martín Fierro** es una novela, ya que así se puede fácilmente convertir al protagonista en un cuchillero o en un compadrito del suburbio y de ese modo el contenido de la protesta hernandiana se diluye hasta desaparecer confundida en un mero episodio policial. El arte se aleja de la vida para dar lugar a un vulgar pasatiempo de **honestos burgueses** que ninguna relación trascendente tendría con la realidad de donde surgió.

Conviene, pues, destacar aquí, por sus innegables puntos de contacto con la obra que nos ocupa, no obstante el enfoque distinto, un trabajo de Alberdi, aparecido en 1871, es decir, un año antes de que lo hiciera el **Martín Fierro**. Nos referimos a **Peregrinación de Luz del Día**, un sátira en donde se enjuicia la política de la época. En este trabajo Alberdi simula que la Verdad, desengañada del ambiente poco propicio que encuentra en Europa, ha huido disfrazada de aldeana a América del Sur, en busca de la sinceridad y decencia que falta en el Viejo Mundo. Pero apenas llega al Plata descubre, ventajosamente ubieados, a los personajes más astutos que han enturbiado la vida social y política europea. Tartufo —alusión a Sarmiento quizá—, Gil Blas, Basilio al trasladarse a América han ampliado su esfera de acción y su técnica. Se han apoderado de la enseñanza, de la prensa, de la banca y de cuanta actividad tiene influencia decisiva en la conducción de los negocios públicos.

Naturalmente, aunque ambos libros persiguen con idéntico afán un mismo designio: erradicar las sucias prácticas políticas, se inspiran en filosofías muy diferentes. Alberdi insiste en sus ideas de liberal convencido y cree que una inmigración nórdica es suficiente para solucionar nuestros problemas. Ella, sólo con su presencia nos hubiera enseñado todo, inclusive hasta el uso de la libertad, según lo expresa por boca de Luz del Día: "El dilema es de hierro para América del Sur: o latina exclusivamente y entonces esclava; o libre, y entonces sajona, por la educación y el temperamento cuando menos". A este respecto vale la pena consignar un juicio de Hudson sobre la inmigración tan apreciada por el ilustre constitucionalista. En **Alá lejos y hace tiempo** dice, en efecto, el distinguido escritor anglo-argentino: "Teníamos, es verdad, otros vecinos británicos —pues a quienes vivían a medio día de viaje a caballo se los consideraba vecinos en aquellos "pagos" —ingleses, galeses, irlandeses y escoceses, pero no pertenecían al tipo de Mr. Royd. No obstante su cómoda posición (algunos, dueños de grandes propiedades) procedían casi sin excepción de la clase trabajadora y de la clase media de sus respectivos países y sólo manifestaban interés por sus propios negocios. Poseía Mr. Royd características distintas a dicho núcleo".

Careció Alberdi, por su formación intelectual y su constante ale-

jamiento del país, de la necesaria compenetración para sentir y apreciar el valor del elemento nativo y el papel que debía desempeñar en la etapa de la organización nacional. En su favor debe señalarse, empero, que en los últimos años de su vida, acuciado por el desengaño, dejó consignadas algunas reflexiones amargas sobre la política argentina, denunciando la burda imitación de que habían sido objeto, muchas de sus doctrinas. Pueden leerse en su obra **Grandes y pequeños hombres del Plata** diversas apreciaciones sobre los caudillos y el desorden que padeció el país. En ellas se aprecia, a pesar de la vehemencia característica de sus juicios y los conceptos despectivos sobre muchos contemporáneos eminentes, no siempre inmerecidos, que no le había abandonado del todo el sentido de la realidad social en que se debatía la Argentina de entonces.

Corresponde, por tanto, a Hernández el mérito exclusivo de la defensa del criollo y la demarcación del auténtico ámbito nacionalista en que habrían de insertarse los ideales del hombre de la pampa. En esa figura simbólica ha de verse, como sostiene Carlos Astrada en su ensayo **El mito gaucho**, la afirmación de una teoría de la vida arraigada en el suelo nativo y proyectada hacia el porvenir. Hernández comprendió esta verdad y la insufló en su obra; salvó así del extrñamiento al espíritu de la estirpe. Esta vuelta sobre sí mismo, este rescate de la esencia nativa después que la guerra de exterminio parecía indicar el crepúsculo del gaucho, no es una expresión elegíaca; es el descubrimiento de la dimensión más honda de la conciencia desdichada de la nacionalidad en busca de la forma superior de la autoconciencia.

De la dificultad de la tarea para reivindicar literaria y socialmente al gaucho tenía Hernández ideas bien claras. En una sociedad que lo había combatido a muerte no quedaba mucho margen para su apología. Apenas si se toleraba utilizar el tema en su aspecto folklórico, como quien alude a un pasado remoto, perdido en la niebla del tiempo, despojado de todo vínculo con el presente. No podía aceptarse que se pretendiera elevar a aquel hombre anónimo a la categoría de símbolo de la lucha por libertad y la justicia de un gran sector social. La burguesía naciente, embriagada por el triunfo material, no quería oír enojosos reclamos históricos ni atender quejas de gauchos vagabundos que se empeñaban en pasar por señores de sí mismos y de la tierra que habían liberado con su sangre. El lugar del gaucho bien podía ser el circo. La literatura seria, caninamente fiel a los modelos europeos, no le perdonó a Hernández que convirtiera al gaucho en el héroe de la epopeya pampeana y en el arquetipo de un pueblo burlado en sus esperanzas y estafado en sus sacrificios. No obstante esa leyenda negra, pueden aducirse testimonios, de caballeros ingleses precisamente —a los que siempre se apela en nuestros tribunales

históricos y literarios, económicos o limítrofes— que desmienten la inferioridad asignada al nativo. Nada menos que Charles Darwin, antes de nacer Hernández, ya reconocía en **The voyage of the Beagle**, las prendas naturales del carácter de nuestro hombre de campo. “Durante los últimos seis meses —manifiesta— he tenido oportunidad de observar un poco el carácter de los habitantes de estas provincias. Los gauchos o paisanos son muy superiores a los que residen en las ciudades. El gaucho es invariablemente más servicial, cortés y hospitalario. Yo no me he encontrado siquiera con un ejemplo de rudeza o inhospitalidad. Es modesto, respetuoso a la vez de su país y de sí mismo, pero al mismo tiempo un camarada varonil y audaz”.

Mas el empeño en disminuir el valor intrínseco del poema retaceándole su jerarquía de mensaje histórico ha variado de acento aunque no de intención. Aparecen con frecuencia autores que pretenden estereotipar el contenido de la obra, caracterizándola como expresión de un tiempo superado por el progreso. Sería así el **Martín Fierro** la visión pastoril de un momento de la vida argentina con el cual se habría cerrado definitivamente un horizonte de barbarie. Diversos intentos de este tipo son bien conocidos. Hay teorías de la desaparición del gaucho que entonan con íntimo placer su hipócrita elegía y hasta pueden fundarse en un bien conocido y ambiguo pasaje de Lugones. Lo que olvidan los panegiristas del progreso a ultranza es que el proceso dialéctico que empuja a la existencia colectiva es más respetuoso de los valores superiores que lo que supone la filosofía de ocasión, y que los pueblos celosos de su pasado transforman pero no abandonan los atributos esenciales de su fondo racial.

Expresiones literarias de carácter estético, como **Don Segundo Sombra**, por ejemplo, son antítesis que se pretenden oponer al **Martín Fierro**; mas no podrán nunca absorberlo ni menos eliminarlo. Aquel libro, que presenta a un criollo domesticado por la vida de estancia, exhibe un esquema simplista creado por los ideólogos de la oligarquía bonaerense.

En el consenso de la crítica clasicista **Don Segundo Sombra** es el ideal a que aspiraba la sociedad feudal de los grandes terratenientes; esto es, la pampa convertida en una gran estancia alambrada y distribuida entre un puñado de propietarios. Dentro de esos confines los gauchos otrora trotamundos y orgullosos, quedan sometidos legalmente a la esclavitud, al extremo de verse obligados a cuidar millares de cabezas de ganado ajeno y dormir al raso para sentir mejor “la emoción de la pampa”.

Los gauchos de **Don Segundo Sombra** son caricaturas de estampas vigorosas muy desteñidas que hoy adornan los modernos establecimientos de campo. El conformismo de estos personajes está visto a través del juicio del patrón, quien puede hacer decir al gauchito

de la historia que recibe la inesperada herencia: “¿Quién es más dueño de la pampa que un resero?” Y agregar, luego de burlarse, retóricamente, por supuesto, del derecho de propiedad: “¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarán como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquia”. El difuso sentimiento de culpa que asoma en algunas partes del libro, como las citadas, no debe inducir a engaño. Suena a falso. El beneficiario del cuantioso legado, a pesar de una repentina crisis de histerismo, provocada por el tratamiento demasiado ceremonioso de sus ex compañeros, no renunció a las ventajas de verse elevado a la condición de terrateniente, según podía haberse esperado después de tantas efusiones líricas. Por el contrario, el que sigue su camino trashumante y se “pierde en la distancia” es don Segundo, y este final, típicamente gauchesco, resulta significativo en alto grado.

A través de las páginas del **Martín Fierro** la democracia argentina queda despojada de sus ornatos. La crisis permanente de sus instituciones se destaca sobre el fondo económico que le preparó el liberalismo. Con las doctrinas europeas adoptadas hemos introducido un caballo troiano. Hemos adquirido la civilización instrumentalista del vencedor de la tercera invasión inglesa y a cambio de todo ello hemos entregado las llaves de nuestra economía y enajenado nuestra libertad espiritual. El sistema republicano argentino, bartardeado por el tradicionalismo colonial hispano, la política sucia del comité, y dislocado, a la vez, por el empuje disolvente del gran capital, sólo produce “hombres con un enorme impulso de sumisión”, diríamos, aprovechando una profunda sugestión de Max Scheler.

La hostilidad de que fue objeto el nativo tiene su explicación doctrinaria en dos modos de entender la vida económica que chocaron rudamente en el suelo americano ya antes de terminar la dominación española. Por un lado, las oscuras fuerzas populares que se agruparon alrededor de los caudillos regionales para la defensa de sus medios de subsistencia. Por el otro, las pequeñas pero influyentes élites que representaban la **cultura** y el **progreso** y al propio tiempo hacían coincidir los intereses de la nación con los suyos. Es, en suma, un conflicto económico que durante la época del saladero se mantuvo estacionario pero latente y que más tarde estalló con violencia, pues el crecimiento de la burguesía portuaria no podía seguir contenido dentro de las estructuras feudales. La mercancía inglesa y las inversiones convertidas en ariete derribaban todas las murallas chinas que encontraban a su paso; para sostener y ampliar su **Commonwealth** Gran Bretaña, mediante su filosofía política, fomentaba el cretinismo parlamentario universal que si empobrecía a los pueblos y mataba sus culturas autóctonas afirmaba el predominio de las nacientes oligar-

quías nativas en tanto éstas se transformaban en instrumento del capital foráneo. Esta antinomia, que Sarmiento llamó civilización y barbarie, con total desconocimiento de la íntima dialéctica que la determinó, aún parece no estar clara para muchos historiadores, a pesar de que sigue planteada casi en los mismos términos. Los sedicentes partidos populares y, lo que es más grave, muchos ideólogos de izquierda, no han entendido este problema esencial y repiten los truismos de los liberales demodés. Todavía comulgan dogmáticamente con el esquema sarmientino y no advierten que alrededor de los caudillos semicultos bullía la vida histórica con sus más candentes problemas. Y entre ellos no eran los menores la necesidad de organizar el país, ordenar la vida ciudadana y constituir el trabajo y la riqueza natural en fuente de bienestar colectivo. Las multitudes argentinas se movilizaron tras estas concretas ambiciones y la manera de realizarlas en la práctica. Esta dinámica es el signo de las luchas que dividieron al país a partir de la independencia, y es indudable que mucho antes de finalizar el siglo la solución de esos conflictos no se decidió en el sentido que más convenía a los intereses de las clases populares. La carencia de una óptica ajustada a la realidad, es decir, la sobrestimación de lo ideológico con desdemedo del proceso real acontecido, en el estudio de la historia nacional ha permitido que los publicistas de la extrema derecha se apoderasen de la temática popular. De esta manera los caudillos que un día movilizaron a los gauchos en pos de ilusiones que una vez suscitadas suelen alcanzar suficiente fuerza como para llegar a ser ideas racionales en la cabeza de los hombres y luego hechos concretos en la vida social, son los miembros dispersos de un gran todo que hay que ordenar para que nuestra historia recobre la sustancia y el movimiento con que verdaderamente discurrió. Todavía en nuestros días la mención de Quiroga o Peñalosa provoca juicios de aldea, como si la historia fuese un cedazo empleado para separar a los buenos de los malos o un cómodo procedimiento para erigir estatuas a unos o expulsar a otros del Olimpo. Tal es la consecuencia de ignorar la problemática condensada en el **Martín Fierro**.

Todo el falso brillo de la historia oficial se derrumba ante el vibrante alegato contenido en esta obra, única en su género dentro de las letras americanas. La inspiración de Hernández no ha creado un personaje de la nada. Ha descubierto una figura olvidada y la ha elevado hasta colocarla en el centro de la tragedia nacional para hacer resaltar así sus perfiles arquetípicos. La luz y la fuerza con que lo ha rodeado ponen de manifiesto su trascendencia y su verdad; es la obra expuesta en su propio escenario, mediante el instrumento de la literatura, la que adquiere así, por primera vez en las letras argentinas, su auténtica jerarquía de función social.

Después de las célebres conferencias de Leopoldo Lugones, pro-

nunciadas en el teatro Odeón, en 1913, recogidas posteriormente en su libro **El Payador**, comenzó una nueva etapa en la valoración del **Martín Fierro**. El juicio del comentarista tiende, en particular, a destacar la riqueza estética del poema, si bien pretende, a la vez, señalar el origen histórico-cultural del gaucho mediante una tesis audaz que remontaría su fuente a la civilización provenzal, desarrollada en la orilla europea del Mediterráneo, y llegada a América por vía de los conquistadores españoles. La concepción de Lugones, atractiva y bellamente expuesta, parece dictada por el afán de separar la historia del gaucho de la influencia religiosa hispánica. Se trataría, entonces, no tanto de negar la ascendencia de esa cultura sino de investigar sus formas peculiares a lo largo de la evolución espiritual del personaje, en quien habría prevalecido más el ideal caballeresco de la vida que el cristianismo.

Lo interesante de la crítica de Lugones y lo permanente de su labor residen en la estimación afirmativa del libro de Hernández y en el hecho de concederle jerarquía de poema épico. Por tal causa ha variado totalmente el juicio sobre la poesía gauchesca en general y se ha establecido una diferencia más acentuada entre los presuntos antecedentes del **Martín Fierro** y los valores intrínsecos de esta obra, en cuanto encierra elementos originales que crean una oposición fundamental entre lo castizo-gaucho y lo castizo-español, como vio después Leumann. Los rasgos del carácter del poblador de la campaña argentina con su primitiva y encantadora rusticidad quedan fijados en toda la riqueza de su despliegue natural. El lenguaje del gaucho alcanza en Hernández los matices más expresivos y elocuentes sin perder nada de su acento sentencioso e irónico. Sólo un observador familiarizado con el medio podía conseguir resultados tan extraordinarios. Recoge la inventiva del nativo en versos contruidos según la técnica payadoresca llena de movimiento y color, expresada en un idioma que se ajusta en sus pausas, silencios y sonidos a un estilo cuyo sentido más que en las palabras castellanas vaciadas de su contenido peninsular está en los medios tonos, en las alusiones al mundo alucinante del coturno, en los vocablos intencionados, en el susurro cadencioso y varonil de la voz.

Todo este encanto, hoy lejano y extraño, esta música en la que vibra la pampa, el paisaje y el hombre que lo anima es el arte que el poeta extrajo del animado cuadro de la naturaleza. Copió, mejor, reprodujo lo viviente con la gracia y la fuerza que el ambiente rural exigía. Ninguna estética preconcebida podía guiar al poeta sino el instinto, su aptitud perceptiva. Lo dicho, con ser mucho, ofrece sólo el aspecto artístico de la obra porque el gaucho antes que cantor errante fue el héroe de la gesta nacional. Así pues, la crítica estética del poema no agota su significado ya que él posee un alcance que

trasciende tan escueto límite para convertirse en la expresión genuina del modo de ser de un pueblo que intentó forjar su destino en nombre de la libertad y basó la justicia en la distribución adecuada de la riqueza pública y en el bienestar de la comunidad.

Es el **Martín Fierro** una protesta contra las deformaciones ideológicas insufladas junto con la organización del país luego de una larga dictadura de estilo patriarcal que postergaba, en buena medida, las características más irritantes de la colonia. Mas el acuerdo provisional entre los ganaderos "progresistas" y los ovejeros fue una maniobra para ayudar a liquidar el estancamiento a que Rosas había conducido al país. No ponía fin a las dificultades del proceso económico de la hora ni a las rencillas que dividía a los sectores influyentes de Buenos Aires y el resto de las provincias. La clase dominante de la ciudad-puerto no parecía dispuesta a ceder el privilegio de organizar el estado según sus propios planes dentro de los cuales figuraba la eliminación de la influencia política de Urquiza bajo cuyas órdenes combatió Hernández en Cepeda y Pavón. La actitud de los hombres de Buenos Aires no se fundaba en motivos psicológicos ni en diferencias doctrinarias. En el fondo se debatían problemas de predominio económico disfrazados leve-mente por conflictos institucionales. El interior debía supeditarse a la capital; el curso de los acontecimientos no dejaba otra alternativa. La crisis que enfrentó a Paraná y Buenos Aires constituyó el último escollo que el capital inversor tuvo que superar para apoderarse del Río de la Plata. La ecuación perseguida por los ingleses se resolvía ahora: dominar la tierra ajena sin ejercer el mando ni ocuparla militarmente. La industria británica se aseguraba el mercado para sus productos y la materia prima para sus fábricas. La época del saladero había cumplido su ciclo; la lana, en cambio, seguía en ascenso, en tanto que la ganadería refinada esperaba su turno con la perspectiva del frigorífico. Las llanuras argentinas, gracias al adelanto de la navegación pasaban a integrar la franja fértil que necesitaba Inglaterra a fin de desarrollar al máximo su potencia industrial e inversora. Pero eliminado Rosas la estructura económica y política formada en torno del saladero era todavía una amenaza: el nuevo orden tenía que enfrentarse con la concepción del gaucho que representaba la tradición de la tierra, sustentada sobre una endeble base que subsistía por inercia, pero que encerraba una tremenda fuerza emocional. El gobierno porteño simplificó rudamente el problema; aplastó a los gauchos. López Jordán, que en 1870 se levantó en armas, fue el último caudillo que intentó reivindicar una forma de vida que institucionalmente no podía sostenerse. Hernández luchó al lado del bravo entrerriano y se refugió en Brasil después de la derrota.

Los años que van del 53 al 73 modificaron sustancialmente la fisonomía del país en su aspecto económico y jurídico. La Argentina experimentó el cambio más profundo de su historia y se incorporó, por obra de un grupo de hombres energéticos y ambiciosos, a la línea de la civilización europea que representaba al capitalismo triunfante. El brusco viraje favoreció a los sectores privilegiados y contradijo el principio de la generación del 37 para la cual la libertad significaba un comienzo radical, es decir construir la república a partir del núcleo originario en que se asentaba la nacionalidad.

La destrucción de las últimas formas de la economía precapitalista colocó al gaucho ante un dilema de hierro: o se entregaba a la servidumbre, para la que no había nacido, o se alzaba contra la ley y el orden que intentaban imponerle. Hernández entiende que es mérito del nativo el haber elegido la rebelión desesperada. Pero si bien era ésta la única salida ofrecida al grupo comunitario surgido en la inmensidad generosa de la pampa, que le brindaba lo elemental para vivir constituía a la vez el escenario para ejercitar su libertad, la situación general de los hijos de la tierra empeoraba notoriamente. Fue puesto al margen de la empresa civilizadora y declarado inapto para servir al país en las nuevas condiciones que preparaba el régimen de la democracia liberal y terrateniente. Luego de aplastar su resistencia lo reemplazaron por el trabajador europeo, barato y sumiso. El **Martín Fierro** está lleno de alusiones a los "gringos enganchados", y no ha de verse en ellas simples metáforas.

El gaucho sentía su autonomía como impulso biológico; era éste la consecuencia de un conjunto de factores anímicos que no pueden desgajarse del medio físico, es decir, de la base económica que daba sentido y solidez a su existencia. Este ingenuo materialismo de la naturaleza surgido espontáneamente de condiciones históricas y geográficas excepcionales —que careció de la sugestión de la miseria para aceptar el auxilio de la fe religiosa, según apunta Lugones— le bastaba al gaucho, pero resultó ineficaz cuando otro materialismo, calculador, frío, ávido de tierras y ganancias, sistematizado, en suma, se le oponía con el apoyo combinado de las armas modernas y los medios financieros adecuados.

La vida en la pampa había sido una especie de sueño mágico en la que prevalecían normas sociales y éticas de sabor arcaico. Su estructura económica no estaba ausente, desde luego, sino velada por la tradición patriarcal del estanciero que a su modo explotaba la fuerza de trabajo del criollo y obtenía una provechosa plusvalía acumulable en patacones... o libras. Dentro de esta situación la abundancia del desierto verde aprovechada por el estanciero rudimentario para enriquecerse con el cuero y el tasajo, dejaba al nativo amplio margen para vagar a sus anchas. Sus tareas tenían el sello

del ambiente: era un juego, a veces trágico, aunque vibrante y atractivo para hombres que amaban el peligro, fuente de su audacia y energía.

Por eso el gaucho fue díscolo y difícil de someter a principios de disciplinas extrañas a su índole. Se había criado sobre el caballo, en guardia contra las asechanzas permanentes del ambiente, y ello constituía una ciencia suprema hecha de coraje y de experiencia. Sin embargo, su rudeza no fue tanta ni su individualismo tan ciego, pues advirtió la necesidad de establecer una sociedad organizada sobre la base de la riqueza del suelo y el trabajo del elemento humno que habitaba la pampa. Esa democracia embrionaria no asumía en su cabeza formas teóricas; la veía surgir de los hechos concretos, en la convivencia civil que era realidad en muchas regiones del país, separadas por la distancia aunque unidas por el común anhelo de llegar a una federación nacional.

Después de Pavón comprende Hernández que la época del gaucho y sus caudillos ha terminado sin que ello implique aceptar que hayan caducado sus ideales de justicia e igualdad en el disfrute de los bienes materiales y espirituales. El nuevo orden político-económico completó su adaptación y halló los instrumentos indispensables que le permitieron explotar la pampa y su riqueza. Somos, a partir de ese instante, en que la oligarquía porteña asume el poder político interno, un modesto engranaje en el sistema burgués occidental: la granja de Gran Bretaña. Alberdi le pone el colofón a este triunfo extranjero al manifestar que la Constitución del 53 "ha preferido la **distribución** libre a la distribución reglamentaria y artificial. La distribución de las riquezas se opera por sí sola, tanto más equitativamente cuanto menos se ingiere el Estado en imponerle reglas", lo que en rigor era inexacto porque esa libertad de comercio, a la que en resumidas cuentas quedaban reducidas todas las otras libertades, la imponía el Estado —representante de la clase dominante— en nombre de los intereses de sus propios integrantes. Alberdi fue un buen liberal pero un mal lógico porque esa libertad que recomienda es tan artificial como cualquier otra aunque en este caso respondía a las exigencias de una determinada situación histórica.

Este sombrío panorama de la vida nacional enajenada es el fundamento de la crítica de Hernández y le brinda la clave para formular la concepción del mundo del gaucho. Es interesante a este respecto agregar al testimonio del poeta algunas observaciones de viajeros que visitaron la Argentina en la época que nos ocupa, las que coinciden anticipadamente con el pensamiento que desarrolla el **Martín Fierro**. Así, T. Woodbine Hinchliff en su libro **Viaje al Plata en 1861**, expresa: "La Ciudad de Buenos Aires con su población de 140.000 habitantes, de los cuales una gran proporción son

Europeos, y en constante comunicación política y comercial con Europa, está mucho más avanzada en civilización que ninguna otra parte de la República; y si sus hombres dirigentes hubieran limitado su acción a desarrollar sus recursos y a abrir nuevas comunicaciones entre ese núcleo y todas las distantes provincias, las artes de la paz y la civilización se hubieran difundido a lo ancho y a lo largo del país y se hubiera aumentado la riqueza por todas partes. Pero el espíritu inquieto de estos intrigantes **doctores** no se conforma con dejar trabajar, a su manera, a la naturaleza; imaginan, o pretenden creer, que tienen la misión sagrada de redimir a las provincias de la barbarie y viven enzarzados en continuas luchas para llegar a la humillación de los **caudillos**, término este último que corresponde muy de cerca al de los militares **torios**, el gran espantajo de los féroces radicales del mundo entero. Muchos de esos caudillos son, sin duda, hombres rústicos y violentos, y con el sangriento recuerdo de un hombre como Rosas, los argentinos liberales pueden ser excusados por la animosidad demostrada contra todo sistema de gobierno que pueda permitir la tiranía de semibárbaros jefes militares; pero, por desdicha, las tácticas de los liberales han dado muy a menudo apariencia de justificación a las crueldades ejercidas por hombres mucho más ignorantes que ellos".

El **Martín Fierro** conoció la luz pública, según hemos dicho, en 1872, la primera parte, y en 1879 la segunda. Empero, el motivo central, la defensa del gaucho, ya había ocupado la atención de Hernández. En el diario que fundó en 1869, **El Río de la Plata**, hallaron su mentor, por primera vez quizá en la historia periodística argentina, los derechos del criollo, que acababa de ser víctima de una despiadada persecución. Se pronuncia energicamente contra las levas: "El servicio de frontera —dice en la edición del 3 de octubre de 1869— parece haberse ideado como un terrible castigo contra el hijo de la campaña". Y a continuación afirma: "La campaña y la ciudad es una misma población, con iguales derechos constitucionales, con idénticos intereses, con aspiraciones confundidas. Y si es así, ¿cómo se pretende establecer una separación odiosa, inconstitucional? ¿Cómo se pretende que la campaña únicamente atienda al servicio de las fronteras? ¿Por qué no se hace extensivo ese servicio a los hijos de la ciudad?"

El poema demuestra la larga experiencia social y humana que Hernández adquirió en contacto con las cosas y los hombres de la pampa, a quienes se ligó desde los años de su adolescencia como resero y soldado. De él arranca una enérgica línea de reivindicación argentinista, que no desprecia los valores permanentes de la cultura grecolatina; antes bien, se inserta en ellos porque en esa fuente se ha originado la sustancia de nuestro ser histórico. Tampoco niega

de la tradición hispánica en cuanto corre en su sangre la herencia de los orgullosos comuneros de Castilla, altivos sostenedores de los derechos del pueblo y sus fueros frente a la prepotencia de los reyes extranjeros.

Como alegato social el **Martín Fierro** es el proceso incoado al liberalismo en tanto éste fue infiel a los intereses nacionales y a las esperanzas legítimas del gaucho. Sin duda, Hernández compartió la ideología liberal, pues debe considerársele como miembro integrante de la clase dirigente. Su crítica al régimen de Caseros se dirige más a la errónea conducción económica y a la manifiesta discriminación racial con que trató al habitante de la campaña que a la filosofía en que aquél se apoya. Los compromisos políticos que adquirió lo enredaron en contradicciones irresolubles para su época; no obstante, es también verdad que aceptó la doctrina liberal con la certeza de que sus supuestos eran compatibles con el progreso del país y su independencia económica. No sucedió así en los hechos ni podía suceder debido al escaso desarrollo de las fuerzas productivas. La oposición a la burguesía sólo puede surgir de su propio seno como resultado de las contradicciones que origina su proceso a través del tiempo. Los gauchos y sus caudillos no podían actuar como negación de la negación puesto que se hallaban inestados en una estructura económica anterior a la burguesa. El valor permanente del poema yace en haber captado la sustancia de la época y en la interpretación del sacrificio de la estirpe fundadora de la nacionalidad: allí se encuentra el núcleo dialéctico germinal que puede servir de entronque histórico al proletariado industrial y al campesinado del presente a fin de restablecer la necesaria conexión con el pasado.

Las deformaciones denunciadas por Hernández nos permiten ver con mayor facilidad la árida perspectiva de nuestros horizontes espirituales y los menguados límites dentro de los cuales han girado las aspiraciones nacionales. El liberalismo introdujo en la Argentina, desde muy temprano, un veneno letal, que se ha insuflado en su sangre y ha enturbiado la fuente de todos sus impulsos. Nos ha inmobilizado para la acción creadora y nos ha desarmado ante la voracidad extraña que en forma de concesiones y monopolios ha saqueado el país y nos empobreció mental y materialmente. La democracia liberal denunciada en el **Martín Fierro** ha funcionado en favor de intereses extranjeros; la libertad de que esa filosofía política hace alarde fue la ganzúa que ha servido para abrir las puertas de nuestra economía a una traicionera invasión. Somos, por cierto, y compartimos en este caso la opinión de publicistas de tendencias diversas, un pueblo educado en la psicología del patriotismo y de la entrega, y con esta expresión queremos designar ese complejo doctrinario, híbrido y mezquino que domina la concepción de la vida adop-

tada pasivamente por el argentino desde los orígenes de la organización nacional. La escuela argentina hunde sus raíces ideológicas en esta deleznable herencia, razón por la cual produce un desteñido tipo espiritual y ético que frente a la prosapia hidalga del gaucho no se eleva más allá de las opacas exigencias burguesas. Parece indispensable pensar en erradicar esa enervante tradición pedagógica y docente, que ya no se puede defender con el nombre de Sarmiento, si pretendemos ser en el concierto de las naciones algo más que una expresión demográfica. Para entender el **Martín Fierro**, para no leerlo con anteojeras y escuchar en todo su sentido el “eco de la ajena vida”, hay que tener presente estos principios interpretativos.

El poema de Hernández es una defensa apasionada de los valores nativos. La injusticia denunciada por el gaucho es una crítica a todos los aspectos de la vida social y política. Las fallas advertidas por el poeta en el comienzo del régimen son ya formas objetivadas en una realidad que pesa negativamente sobre el espíritu argentino y que ofrecen amplio campo al análisis sociológico. La consecuencia es que el sistema así entretejido sobre un fondo doctrinario y económico que tiene por común denominador la exaltación de la ilusión de la época o sea la creencia de que no es la historia sino la conciencia la que engendra las relaciones sociales, da origen a individuos inclinados a la sumisión o al escepticismo. Por eso los argentinos hemos servido sólo para votar...

Las libertades del liberalismo sirven, en el plano de las relaciones jurídicas, a quien tiene poder suficiente para hacerlas valer al amparo de su influencia social o política. Pero estas libertades han sido establecidas para usufructo exclusivo de una clase, la que detenta el privilegio y los resortes legales que lo regulan. Dice Henri Pirenne, historiador de la economía europea de la Edad Media, que la naciente burguesía necesitaba apremiantemente que se le reconociera la libertad de movilizarse, hacer contratos y disponer de sus bienes. “Si se reclamaba tal libertad —manifiesta— es, pues, únicamente por las ventajas que confiere. Nada hay más ajeno al espíritu de los burgueses que el considerarla como un derecho natural: es tan sólo, a sus ojos, un derecho útil”.

Insistimos, para concluir, que la clave para comprender la estructuración de la sociedad argentina y el mezquino carácter burgués que la distingue, está encerrada en el **Martín Fierro**. El poema muestra la medida exacta de los valores que se destruyeron junto con el gaucho, así como también el porvenir que se preparaba a las masas criollas en circunstancias en que toda la economía nacional pasaba a ser regida por lejanas metrópolis. Las consecuencias que la historia posterior registra están previstas en la intuición del poeta. La creación de Hernández escapa a toda pretensión meramente lite-

raria sin renunciar empero a la forma artística; tiene un trasfondo político y una intención de crítica social deliberada. Pone al descubierto los orígenes de una sociedad rudimentaria en la que se enfrentaron dos concepciones de la vida: una, típicamente americana, de defensa de la libertad en la justicia, bajo cuyo signo nace el hombre en esta latitud, y otra, de turbia ascendencia burguesa, que sólo ve en el individuo un medio para fines egoístas de esclavitud económica y sometimiento espiritual.

Autonomía y universalismo de la cultura latinoamericana

Por CARLOS ASTRADA

El momento histórico que vive el mundo y el papel que se disponen a asumir los diferentes ámbitos culturales, mediante un proceso de cambios básicos en su estructura económica y social, son un llamado perentorio a los representantes de la cultura latinoamericana para una toma de posición consciente y lúcida con referencia al destino de la misma, y a su participación en la común tarea de la humanidad.

Ante un mundo renaciente, en el anhelo constructivo de los pueblos, que aspira a realizar, como meta relativamente accesible, su unidad dentro de la diversidad, ninguna constelación cultural, y menos la nuestra, en virtud de la constitución misma de su plasma étnico, puede desoír el imperativo de aportar lo suyo al proceso de transformación revolucionaria en que hoy se encuentra la humanidad planetaria.

Latinoamérica, o mejor Amerindia, crisol de razas y encrucijada de civilizaciones, pone también su proa hacia el futuro para integrarse en un mundo histórico nuevo o renovado desde sus raíces. Para que ésta tarea adquiera en nosotros jerarquía de misión, nada mejor que enfrentarnos con el problema que nos plantea el carácter y el destino de la cultura a que pertenecemos. Lo que a continuación se dice no es nada más que un escorzo de este problema —de nuestro problema fundamental—, y tan sólo un atisbo de respuesta al mismo, que tiende a dilucidar una realidad, y no a formular una postulación teórica más.

Las culturas indígenas: su influencia.

Las investigaciones realizadas tanto en el aspecto etnológico como en el de la arqueología, y el análisis de los escasos documentos escritos que han llegado hasta nosotros, de las culturas precolombinas, nos permiten afirmar que cuando los españoles penetraron, con la Conquista, en su ámbito, no se toparon con salvajes sin cultura, cuya religión sólo consistiese en rituales y usos fácilmente desmoronables, en un animismo primitivo asentado en una adoración bárbara de la naturaleza y los espíritus.

Precisamente con su penetración en el reino de los aztecas —y esto se ha comprobado mucho después— los españoles, aunque en ningún momento tuvieron la menor sospecha al respecto, se encontraron con una religión cultural, la que si bien tenía carácter politeísta, ofrecía también en sus dos divinidades principales (Huitzilopochtli y Quetzalcoatl) acentuadas tendencias monoteístas. Toda la cultura azteca estaba intensa y fundamentalmente relacionada con una ciencia calendárica que reglaba todas las circunstancias y hechos de la vida común. Hoy, por las más ahondadas indagaciones, sabemos que el calendario azteca es el más perfecto de los calendarios conocidos. Todo esto imprimía en su religión y en su cultura en general un sello muy enérgico, como sólo había acontecido, dentro del ámbito geográfico hasta entonces explorado y acotado, con las religiones cósmicas o de salvación. El gran error de los españoles, debido a su ignorancia y fanatismo, fue el haber reconocido demasiado tarde un hecho de tanta magnitud y trascendencia (1). De modo que debido a esta penosa circunstancia faltan documentos que permitan apreciar debidamente, en todos sus detalles, y aspectos esenciales, la concepción cosmológica y escatológica de las culturas amerindias.

Por uno u otro motivo se ha perdido la casi totalidad de la documentación escrita de estas civilizaciones, la que hubiera arrojado luz acerca de su concepción cosmogónica cíclica, de su teogonía y del sentido de sus mitos (2).

(1) Refieren las crónicas que cuando Cortés se entrevistó con Moctezuma y, en el curso de la conversación con el jefe azteca le reprochó los sangrientos sacrificios de su religión, y opuso a éstos "las puras y simples solemnidades de la misma católica". Moctezuma le respondió que él consideraba menos repugnante y reprochable sacrificar vidas humanas que consumir carne y sangre de Dios, refiriéndose a la antropofagia simbólica de la misa católica. Ante esta respuesta las crónicas no dicen si la capacidad crítica de Cortés estuvo a la altura de la misma.

(2) Acerca de los manuscritos mayas perdidos nos dice Sylvanus Morley, el autor de *La Civilización Maya*: "Sólo tres códices mayas precolombinos o manuscritos jeroglíficos han sobrevivido a través del fanatismo del antiguo sacerdote español y los aztecas y vicisitudes del tiempo y los elementos... De los libros indígenas de los mayas que trataban de historia, cosmología, los diferentes aspectos de la religión, ritual, adivinación, profecía y medicina, un tesoro de literatura maya que de haberse conservado habría aclarado muchos misterios, especialmente en el campo de la historia, sólo tres han quedado: el Códice de Dresde, el Códice Tro-Cortésiano y el Códice Peresiano, que se suelen citar con sus

No obstante, a base del aporte de etnólogos y antropólogos, se sabe hoy a ciencia cierta que todas las culturas amerindias tenían como sustentáculo una concepción cosmogónica cíclica y otra implícita de carácter ontológico.

El *Popol Vuh* o *Libro del Común* y el *Chilam Balam* son las dos fuentes más notables de la cosmogonía y mitología amerindias, ambas de rico contenido mitológico y poética originalidad. Como ya es sabido, en la génesis de la cosmogonía que narra el *Popol Vuh*, juega un papel fundamental el advenimiento de la palabra creadora. Esto nos dice que las culturas míticas o arcaicas amerindias tenían también su logos cosmológico y teogónico, el cual encadenó a su Ley la naturaleza, los seres y las cosas. La estructura de las culturas amerindias fue destruida, arrasada por el vendaval de la Conquista, pero estas culturas no fueron del todo extinguidas. De su desarticulada y rota armazón brota un poderoso aliento telúrico que envuelve todas las manifestaciones culturales y artísticas de Latinoamérica. Aunque culturas así destruidas no vuelven, en la integridad de su *paideuma*, a la vida, su influjo continúa operante.

España, con la Conquista, consumó un inmenso genocidio, un aniquilamiento de un soporte humano que había alcanzado "verdadero nivel cultural. No se estuvo en presencia de bárbaros, sino frente a culturas del mismo linaje de aquella de la cual procedían los conquistadores, la que ocultaba la verdadera barbarie en más de una de sus formas, entre otras la codicia y la crueldad" (*Carlos Astrada, El marxismo y las escatologías*, pág. 47. Ed. Procyón, Bs. As., 1957).

Hegel, en su *Filosofía de la Historia*, al incluir a América en el proceso de ésta, la considera como un compartimiento de Europa, destinada a devenir del todo culturalmente occidentalizada. Es que de acuerdo a su concepción filosófico-histórica en la que el Espíritu es el personaje protagónico de la historia universal, tan pronto como éste personaje, con mayúscula, se acercó a América, llevado —según Hegel— por las armas de la Conquista y su impriso catequista, las culturas autóctonas que en su suelo florecieron, tocaron a su fin, llegando a extinguirse del todo.

Pero es el caso que el Espíritu —la categoría o principio máximo de la filosofía de Hegel— ha sido, hasta ahora, un cometa errático, apenas avistable en el ámbito cultural latinoamericano, pues las culturas

de nuestras comunidades están determinadas, no por el Espíritu, sino por la Tierra y el imponderable aliento del pasado milenario de las culturas amerindias y de lo que es todavía perviviente de su soporte humano. De este modo, los hechos no han avalado la tesis de Hegel e incluso han puesto de manifiesto el error de su prognosis. La concepción mítica y arcaica de las primitivas culturas americanas (o amerindias) tienen su idea central, en la noción básica del movimiento cíclico, de la repetición y el retorno.

Esta idea ha influido e influye en múltiples manifestaciones de la literatura y del arte latinoamericanos. Podemos escoger varios ejemplos en la poesía, la novelística y las artes plásticas, de Latinoamérica. Uno de los casos más notables es la noción del tiempo en *Martín Fierro*, donde se canta: "... el tiempo es una rueda, —y rueda es eternidad"; y también que "el tiempo sólo es tardanza— de lo que está por venir". El más inmediato hontanar telúrico de esta idea está en la estructura arcaica de las culturas amerindias. La imagen de la rueda representa lo cíclico y retornante, en su eterno girar, que se repite; y la imagen del tiempo como "tardanza" denota, lo mismo que en la concepción propia de las culturas autóctonas, la immanencia del futuro, como presente llamado a adquirir plenitud ontológica porque está en trance de advenir, lo que hace que el presente real sea un presente precario o edad de un ciclo que rueda a su culminación. En virtud de ésta el tiempo gira en pos de la plenitud del origen. En un fragmento de uno de los libros del *Chilam Balam*, el de *Chumayel*, se dice en la traducción en verso de Antonio Mediz Bolio: "Los muertos no entienden, los vivos entenderán/ Toda luna, todo año, todo día, todo viento /camina y pasa también: /así toda sangre llega al lugar de su quietud; /como llega a su poder y a su trono".

En esta imagen se nos ofrece la plenitud de ser —sólo asequible en el presente como desenlace y apogeo— idea básica de la concepción arcaica. Es que, para la mentalidad arcaica, la última edad de un ciclo representa lo real o lo existente en oposición a lo no existente, a lo que ya ha perimido en el transcurso cíclico. El pasado no posee ya más realidad. Esto significa que, por cuanto para la mentalidad arcaica es sólo histórico el presente, con plenitud de sentido ontológico, el pasado se identifica con lo pre-histórico absoluto.

Todo lo acontecido y lo que acontece en el suelo de América, por obra del *paideuma* de sus culturas precolombinas, influye en el pensamiento y en el arte de generaciones sucesivas. Es que la veta telúrico-emocional y "conceptiva", que aflora de lo americano autóctono, no se ha perdido del todo. Estamos seguros que cuando la filosofía interprete

nombres latinos". (Pág. 327). A continuación Morley cita, como testimonio, la siguiente opinión del obispo español Landá sobre los códices mayas: "Usaban también esta gente de ciertos caracteres o letras, con los que escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias; y con ellas, y figuras y algunas señales en las figuras, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles grande número de libros de estas sus letras; y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual a maravilla sentían y les daba pena" (Citado por S. Morley en Op. cit., pág. 328).

y esclarezca en su recóndito sentido los nuevos datos que la arqueología, la antropología y etnología irán aportando, se podrán lograr inferencias más claras y concluyentes sobre la entrañada índole de estas culturas. Esto nos permitirá valorarles en sus verdaderas dimensiones e incorporar sistemáticamente sus notas más definidas al acervo peculiar de la cultura de Latinoamérica, lo cual le dará lugar propio, *autónomo* en el ámbito ecuménico de las culturas, pero con la vigorosa tendencia ínsita en ella a su integración universalista. Si estas notas y motivos fundamentales —debemos reconocerlo— con su encanto y sugestión de leyendas y mitos, aún persisten, aunque en mínima parte trasvasadas de su quebrada arcilla a los moldes de la mejor literatura, es porque ese aporte vernacular posee un significado permanente, y dice algo esencial, en la evocación y toma de conciencia, a los escritores, poetas, novelistas y pensadores de Latinoamérica. Más de uno de ellos ha sabido filtrar, a través de fino matiz literario, algo de la impalpable sustancia poética y nostálgico lirismo de estas leyendas y mitos, de los variados temas de las culturas autóctonas americanas, tan bellos y sugestivos. Tal es el caso ejemplar de Miguel Angel Asturias, con sus *Leyendas de Guatemala*. En alguna de ellas, el motivo del retorno o repetición cíclica aparece envuelto en el ropaje del relato directo, espontáneo. Así en el tema intitulado "Ahora que me acuerdo" se dice: "El influjo hechicero del chiplin —habla la Niña Tina— me privó de la conciencia del tiempo, comprendido como sucesión de días y años: el chiplin, arbolito de párpados con sueño, destruye la acción del tiempo y bajo su virtud se llega al estado en que enterraron a los caciques, los viejos sacerdotes del reino". Podemos comprobar el influjo de los motivos de las culturas vernaculares, sobre todo en la novelística continental, donde se viene sedimentando y se está documentando la *Weltanschauung* latinoamericana, y en la cual cabe confirmar que las notas más acusadas y originales del milenario pasado americano no se han perdido y cobran sugestiva presencia en más de una de sus obras.

Destino de los elementos aluvionales

Lo que dejamos apuntado es sólo una introducción esclarecedora para el planteamiento, en su verdadera dimensión, del problema de la aculturación y del ulterior destino de la cultura latinoamericana, señalando únicamente los principales hitos —a partir de sus etapas arcaicas— en su evolución hasta el presente. Antes de referirnos esquemáticamente a las diferentes etapas de su despliegue a través de vicisitudes y orientaciones diversas, tenemos que dejar sentado una premisa fundamental: todo el aporte cultural foráneo, sobre todo occidental, así como el de

otras procedencias, viene a injertarse en el tronco desgajado, quebrado (pero con profundas raíces vivas todavía) de las culturas aborígenes (3).

De modo que el plexo unitario e inescindible de nuestra cultura es algo inmemorialmente viejo y muy nuevo. La comprobación de este hecho nos aleja de todo ingenuo indigenismo y de todo cosmopolitismo y occidentalismo apócrifos.

Esta simbiosis a partir de la violencia del impacto inicial de la Conquista, no se ha llevado a cabo sin tensiones conflictuales de gran trascendencia y atinentes precisamente a la suerte que vienen corriendo los elementos aluvionales de la aculturación o transculturación. Todo esto nos dice ya que Latinoamérica no es, como el cosmopolitismo ayuno de comprensión filosófica y de sentido histórico sostiene, un compartimiento apendicular de Occidente.

Etnólogos y antropólogos han analizado aquellas tensiones conflictuales entre la infraestructura de las culturas aborígenes y la superestructura de la aculturación, poniendo al descubierto el hecho harto significativo de que con el transcurso del tiempo la infraestructura, aunque quebrada, desintegrada en su forma originaria, va mordiendo corrosivamente en la cada vez más delgada capa de aculturación. Este fenómeno ha sido estudiado rigurosamente con gran acopio de datos, entre otros por el etnólogo estadounidense Rudiger Bilder, quien nos asegura que el barniz de superestructura de la aculturación va siendo absorbido lento pero inexorablemente por el estrato originario de las culturas autóctonas amerindias, que insurgen cada vez con más fuerza, insertándose en los grandes alvéolos abiertos por esta erosión en la superficie aculturada. De modo que el destino de la aculturación en nuestro continente está sellado a corto plazo en la perspectiva histórica.

Correlativamente, en lo que atañe a esta resultante cultural, al *corpus* doctrinario en cieme y al *paideuma* de nuestra cultura en formación, nueva y muy vieja, tenemos el fenómeno observado y verificado por etnólogos y antropólogos, de la función cada vez más preponderante que asume el soporte humano —indígena residual, y mestizo— de la infraestructura cultural. También éste, con sus modalidades y el color de su piel irrumpe victorioso, en función de su ancestral determinación telúrica, en los descendientes de los europeos venidos a estas tierras.

Frobenius ha hecho notar que éstos van perdiendo poco a poco el color blanco de sus antepasados inmediatos para ir tomando, de modo bien acentuado, el color cobrizo de las razas aborígenes y de los pro-

(3) Francisco René Santucho ha tratado con perspicuo enfoque, en su ensayo "Integración de América Latina", el problema que nos plantea la realidad superstita de las estructuras étnicas aborígenes. Acertadamente escribe: "Lo indioamericano es una realidad vasta y creo que perfectamente definida. De por sí existe como magnitud histórica, tanto por lo que importa como realidad, cuanto por lo que sugiere a la inteligencia, como proyección o como futuro".

ductos del mestizaje. Ernesto Jung, ha dicho gráfica y certeramente que si rasgamos un poco la piel del hombre norteamericano del oeste nos encontramos con la piel roja. Es que el aluvión sanguíneo de las migraciones que sucesivamente se asentaron en Latinoamérica, desde la emancipación de nuestros pueblos, fue asimilado por la tierra, envuelto por su poderoso aliento telúrico, captado íntegramente por el *genius loci*, por el espíritu del paisaje, el medio físico y humano. (Véase nuestra obra *Tierra y Figura*, págs. 9-18, Bs. As., 1963).

Latinoamérica no será el extremo Occidente culturalmente colonizado como consecuencia y epifenómeno de su colonización económica por el capital financiero-monopolista internacional, la que tocará a su fin con la irrupción autónoma de Latinoamérica en la convivencia con todos los ámbitos étnicos, continentales y culturales. Ella, con su extracción cultural originariamente dual, bifronte, será sí misma o no será. En el camino hacia la autonomía de su cultura superará incluso esta dualidad para cobrar dimensión universalista, es decir, pluralista por los factores que contribuirán a su integración cultural. Enriquecerá su acervo inicial, con el aporte asimilado de todas las culturas, pero manteniendo su identidad consigo misma, con su destino. Será pues, sí misma en la plenitud de su mensaje original, o no será.

Hitos de la cultura americana

En los que atañe a la orientación de las expresiones culturales de Latinoamérica, sabemos que ella ha variado en las diferentes épocas, según el *desideratum* de cada una de las concepciones doctrinarias que han primado sucesivamente en ellas. Sólo podemos, —por motivos obvios de espacio disponible— señalar los hitos principales en el devenir de nuestra cultura continental hasta la actual etapa, cuya finalidad es la remoción revolucionaria de su infraestructura económicamente colonizada, y, sobre la auténtica base de su autonomía, afirmar su vocación universalista.

Durante la primera etapa de la Conquista, la concepción filosófica que implícitamente va a dominar es el scotismo con su ruda y radical afirmación voluntarista, que tan bien se avenía, en la práctica, con la primacía inrahumana del instinto, de la que, impulsados por la sed de oro y de botín hicieron gala los conquistadores y sus secuaces en la destrucción de las culturas aborígenes y en la cruel guerra de aniquilamiento de su soporte humano.

No mitigó en nada esta situación las admoniciones líricas que proclamaban que se debía "convertir" a los indígenas del Nuevo Mundo, no con la espada del príncipe, sino con la palabra del Evangelio. Lo cierto fue que en la inhumana campaña de exterminio, llevada a cabo por los conquistadores, la espada y la cruz, consultando sus recíprocos

intereses, se conciliaron perfectamente. Nada pudo tampoco la humanitaria requisitoria del padre De las Casas. El genocidio se consumó.

Después del turno inicial del scotismo, de su voluntarismo a ultranza, se abre camino la concepción teológica de la escolástica tomista, surgiendo una pugna ergotista entre estas tendencias; y tal situación se prolonga hasta la penetración deletérea, para la ortodoxia y el dogma, del cartesianismo en el ambiente acordonado de la Colonia. La serie de discusiones y disputas que suscitan las nuevas doctrinas filosóficas —las que habían comenzado antes con la adopción, por uno de los sectores eclesiásticos, del probabilismo ergotizante— y la introducción por contrabando del flamante criterio de las ciencias naturales y de observación, marcan los últimos tiempos de la Colonia, dando paso a las elucidaciones heterodoxas del pensamiento filosófico, y, como era de esperar, a la reacción inquisitorial con sus excomuniones y maldiciones.

Y viene la época de emancipación de nuestros pueblos, y es la filosofía de la Enciclopedia la que la promueve y articula ideológicamente. Nacemos a la vida libre bajo el signo del ideario de la Revolución Francesa.

Desde la constitución de los pueblos del continente en naciones independientes y Estados, que se esfuerzan por cimentarse políticamente, hasta las primeras décadas del presente siglo, influye y mantiene su primacía, en el proceso formativo y de estructuración de nuestras comunidades, la cultura gala. Dentro del marco general de esta situación histórica se sucede, en las expresiones de la cultura continental, el influjo de las diferentes concepciones filosóficas y sociológicas europeas: Iluminismo, romanticismo, con su secuela fecunda del historicismo, positivismo, vitalismo, fenomenología, filosofía de la existencia, marxismo, son los sucesivos mensajes del pensamiento europeo que Latinoamérica recibe y valora en el curso de correlativas etapas en su desarrollo cultural. De esta sucesión de doctrinas, la cultura continental sólo adopta de las mismas aquello que, con un sentido metodológico e institucional, puede interesar a las tendencias peculiares de su ser histórico, puede coadyuvar al desenvolvimiento y maduración de su proceso formativo y pedagógico, y que en virtud de la propia instrumentalidad de su espíritu vernacular, atento a las realizaciones, estimula su humanismo practicante; en fin, aquello que concuerda con su idiosincrasia social y con las urgencias de su civilización política en formación. Ella no toma a la letra, en su formulación sistemática, aquellas doctrinas, no copia servilmente sus conclusiones teóricas, sino que discrimina en ellas y adapta lo que de su contenido es susceptible de promover sus inquietudes y orientaciones. (Véase nuestro libro: *El mito gaucho*, Cap. IV, "Conciencia histórica y praxis social", pág. 135, 2ª ed. Buenos Aires, 1964).

Por estar vuelto, por una tendencia ínsita en él, al ejercicio de la praxis social con un sentido humanista y politicista, el pensamiento latinoamericano es mucho más receptivo, en lo que a influjo atañe, y tiene más afinidad con las concepciones filosóficas que, como la ontología de la existencia de cuño heideggeriano y el marxismo, inciden en lo concreto e histórico.

Con respecto a la primera, el pensamiento latinoamericano también discrimina. No concuerda con los postulados irracionalistas, ni con la "angustia" de Heidegger, la "frustración" de Jaspers y la "náusea" de Sartre. Estas notas de la existencial europea —tomadas las dos primeras del irracionalismo romántico alemán— son propias de una cultura cuyo sustrato burgués y pequeño burgués ha alcanzado ya el tope de sus posibilidades americanas y recorre la curva de su declinación. La existencia del hombre americano, en cambio, sólo conoce —identificándose con él— un estado de ánimo eufórico, levantado, ante las inmensas perspectivas históricas y posibilidades que le brinda su ámbito geográfico y humano, en el que se dan todas las condiciones para el desarrollo y apogeo de una futura humanidad latinoamericana, con una técnica vital ascendente.

En cuanto al influjo y difusión del marxismo obedece, no sólo a las condiciones sociales y económicas en que se encuentran los pueblos de nuestro Continente, sino también, y en grado apreciable, a la afinidad de su doctrina con el carácter de las comunidades primitivas de la *gens* americana, y asimismo con el sistema de organización comunitaria —jerarquizado de arriba hacia abajo— del Incario y las proliferaciones de su civilización hacia el norte y el sur. También el sistema agrario del *ayllu* incaico extendido a las razas aborígenes que habitaron el altiplano, tiene similitud formal, ciertamente, con las granjas colectivas de los países socialistas.

En resumen, en lo atinente al influjo del último tramo del pensamiento occidental europeo, cabe señalar que su filosofía contemporánea, articulada en la ideología de una clase burguesa cuya tarea histórica está tocando a su fin, no puede ya ofrecer a la cultura latinoamericana ninguna ruta abierta hacia el futuro, que es la ruta que ella comienza a recorrer. El influjo de las doctrinas europeas, provenientes de los diferentes sectores, de su pensamiento y de su literatura, no incidirá más de modo determinante en las diversas manifestaciones de nuestra cultura, de su contenido plástico, dinámico y en transformación. En lo relativo al último destino de ésta, hay que reconocer que él tiene otro rumbo cuya meta —no muy lejana— es integrar el módulo vivo de sus valores con una aportación universalista asimilada.

La cultura latinoamericana está viviendo el momento fecundo de su apertura con relación a la cultura y al programa de vida de otros ámbitos étnicos, los que tras una larga preterición, insurgen revitalizados y pujantes

a las instancias de la historia universal. Todo su acervo milenario ha entrado en el crisol fundente de las renovaciones. Necesitamos, pues para nuestra integración y para acceder a la universalidad, convivir, sin imitar ni subordinarnos a ellas, con esas culturas.

Ante las perspectivas porveniristas de toda índole, que presenta un mundo en gestación, tenemos que ahincarnos en las posibilidades inmanentes de nuestro ser americano y de nuestra propia cultura para entrar con paso firme, bien orientado y un acervo esencial, en la nueva constelación universal.

Tendremos —si sabemos ganarlo— nuestro lugar en el plexo unificado de la humanidad planetaria en este nuevo eón de la existencia histórica ecuménica. Ahora nos debatimos en medio de la tormenta, oscilamos entre la vida, la plenitud de ser y la frustración. Como para Hamlet también para Amerindia, con su carga de ensueños y de esperanzas, de miseria y de dolor, la cuestión es *ser o no ser*.

Caracteres materialistas y dialécticos de la filosofía presocrática

Por A. ROGE

La filosofía griega de los siglos sexto y quinto es la consecuencia de un proceso de larga maduración operado en el conjunto de las condiciones objetivas que tuvo lugar en la costa jonia. Esa zona llegó a convertirse en un centro de intensas actividades comerciales y políticas ya a partir del siglo octavo. Las luchas sociales precedieron en ese período, sin duda, a toda otra expresión cívica, pues es presumible pensar que las primeras contradicciones se plantearon entre los poseedores de la tierra y los habitantes de las ciudades que se organizaban comunalmente al amparo de la pequeña actividad manufacturera, la cual extendía poco a poco su esfera de influencia. La aparición del dinero, en algún momento del siglo séptimo apresuró este ciclo revolucionario. La vida de los hombres debe satisfacer sus necesidades materiales inmediatas de vivienda, vestido y alimentación como etapa previa para plantearse y resolver los problemas inherentes a la existencia comunitaria. Este hecho parece ha-

berse repetido en otras zonas del planeta, como en la India, antes que en Jonia, y en China simultáneamente y dentro de característica similares a las del mundo helénico según lo testimonia la presencia de pensadores que debieron aceptar la materialidad del mundo y su reflejo en la conciencia de los hombres.

La filosofía griega que aparece en Mileto está signada, pues, por el esquema social que hemos bosquejado y de él depende. Este pensamiento no surge de la nada; es consecuencia directa de los profundos cambios provocados por la aparición de la mercancía en su condición de valor de cambio, seguida del dinero como medida de valor al que toda otra mercancía puede ser reducida.

“Pequeñas monedas de plata —dice Ghirshman en su libro *Irán*— habían aparecido en el siglo séptimo, pero el verdadero sistema monetario, bimetalico, de oro y plata, fue introducido primeramente por Creso en Lidia. Este se extendió muy pronto a través de Asia Menor y lo adoptó Darío en su imperio. En las tabillitas de Persépolis, uno de cuyos grupos consiste en listas de salarios de los hombres que trabajaban en la construcción del palacio, se da un cuadro muy animado del período de transición que siguió a la entrada del dinero en Irán. Previamente los salarios se habían pagado en especie: carne, cebada, trigo, vino, etc.,. En la época de Jerjes dos tercios eran pagados todavía en especie y un tercio en efectivo. Más tarde, en el reinado del mismo monarca, los pagos en especie se redujeron sólo a un tercio. Así se necesitó alrededor de medio siglo para que el dinero reemplazara a las mercancías para que el nuevo sistema se estableciera, a pesar del hecho de que desde el comienzo ciertas transacciones se realizaban totalmente en efectivo”.

La situación expuesta por el mencionado arqueólogo no puede tomarse como un cuadro económico típico que sugiera la presencia de dos clases definidas: la burguesía y el proletariado. Se sabe que trabajadores *libres* han existido casi siempre en los lejanos períodos históricos sobre todo cuando se trataba de especialistas cuya tarea resultaba irremplazable. La masa de esclavos, la fuerza bruta que para realizar trabajos comunes, se hallaba separada de esos escasos grupos calificados y hasta opuesta a ellos. Es cierto que la diferencia jurídica entre el artesano *libre* era grande en la letra muerta de la ley o la costumbre que valía como tal. No obstante los supuestos derechos del artesano, que no tenía más capital que su oficio y sus herramientas, se convertían a veces en una pesada carga: él no representaba nada social y políticamente al punto de que ni siquiera podía eludir la ruinoso competencia de los *autómatas parlantes*.

El dato que nos ofrece Ghirshman ilustra la metamorfosis que para esa época han sufrido ya los artículos destinados al consumo, los que han perdido su valor de uso a través del trueque, y se han convertido

así en mercancías cuyo valor de cambio trastornó y disolvió finalmente la vieja estructura de la sociedad primitiva. La presencia del dinero, en su forma metálica, no significa más que el coronamiento y la aceleración del gran proceso dialéctico que se venía gestando en el seno de la realidad económica creada por las nuevas fuerzas productivas. El dinero mismo no parece ser tampoco producto de una convención, pues las mercancías más diversas ya habían desempeñado con anterioridad ese papel. El dinero, entonces, “se formó instintivamente en el proceso de cambio, y sirvió, como expresión general de todas las mercancías, para liquidar las variantes del trueque, célula originaria del comercio. De la división de los productos de consumo en valor de uso y valor de cambio Aristóteles tiene una idea bastante clara cuando dice en *La política* 1257a5: “De todo cuanto poseemos hay dos usos; ambos pertenecen a la cosa como tal, pero no de la misma manera: uno es el uso propio y el otro el impropio o secundario. Por ejemplo, el calzado es empleado para gastarlo, y también como objeto de intercambio. Tanto uno como otro destino pertenecen al calzado. El que da calzado a cambio de dinero a quien lo necesita utiliza en verdad el calzado como tal, más éste no es su uso adecuado o su propósito primario, pues el calzado no ha sido hecho para ser objeto de cambio. Lo mismo puede decirse de toda propiedad, porque el arte del intercambio se extiende a todas las cosas a causa de que algunos tienen demasiado poco y otros mucho. De aquí podemos inferir que el comercio minorista no es una parte vital del arte de enriquecerse; si hubiera sido así los hombres hubieran cesado el intercambio cuando ellos consiguieron demasiado. En la primera comunidad por cierto, que es la familia, este arte no es obviamente de ningún uso, pero comienza a ser necesario cuando la sociedad crece”.

El uso del dinero debió extenderse prontamente a Jonia, que se hallaba en contacto comercial y político directo con las civilizaciones del Medio Oriente. La riqueza concentrada en Mileto era mercancía, la cual empieza a ejercer su proteica influencia sobre la vida humana. El dinero, de reciente creación, sirve no sólo para medir esa riqueza sino que ayuda a distribuirla y a establecer nuevas relaciones entre los pueblos y los individuos. En el siglo sexto Mileto se convirtió en el centro mercantil más importante del Mediterráneo y este privilegio dura hasta la invasión de los persas, quienes con su intento de conquista facilitan la dispersión del pensamiento jónico por todo el mundo griego.

Esta filosofía, según se presenta en el primer grupo de los milesios, formado por Tales, Anaximandro y Anaxímenes es, de acuerdo con el medio dentro del cual emergió, eminentemente materialista. Sin embargo, no debe confundirse este materialismo con las variantes que registra la historia de la filosofía de Occidente.

Tal enfoque sobre la realidad circundante ofrece una visión plástica y sensible del cuadro de lo existente, que no se atiene siempre con rigor a lo conceptual. La naturaleza asume un papel preponderante como núcleo vital decisivo del cual depende todo el proceso que en su seno se desarrolla. La materia animada, alrededor de la cual gira este mundo que comienza a racionalizarse gradualmente, ejerce cierto influjo mágico sobre el pensamiento de estos filósofos. Más es claro su designio de independizarse de toda fuerza ajena a esa misma materia. Por esa causa estos sistemas materialistas no se hallan tampoco tan alejados de las versiones modernas que no contengan algunos ingredientes que luego han de hallarse en los materialismos posteriores. Esta primera concepción materialista griega posee características propias en tanto sus representantes buscan una sustancia última a la que pueda reducirse el mundo y sus cambiantes fenómenos. El agua de Tales, lo ilimitado (*apeiron*) de Anaximandro, y el aire de Anaxímenes expresan con ligeras mutaciones, una intención común que en su ingenuo enfoque tiene el mérito de acercarse a la naturaleza como si ésta fuese una entidad que subsiste por sí misma y cuyo reflejo en la conciencia obedece a leyes objetivas racionalmente explicables. El intento de descubrir tales leyes está latente en estos esfuerzos, que terminan casi siempre en fracasos, aunque no son pocas las intuiciones que dan a estas primeras incursiones sobre el mundo material el carácter de hallazgos felices precursores de fecundas teorías. Las ideas de hilemorfismo, de la infinitud de la materia cósmica en movimiento, la rarefacción y condensación escondían en su interior un gran poder expansivo que las transformó muy pronto en instrumentos dialécticos inconscientes para la interpretación del universo. Asimismo, la idea del movimiento como medida del nacer y el parecer y los cambios permanentes de la naturaleza, aparece desde el comienzo en primer plano en estos pensadores. Este dinamismo inherente a la materia es una conquista temprana de la mente griega, el que en Heráclito y Demócrito alcanzará su máxima expresión.

Según Aristóteles, *Met.* 983b6, "entre los primeros filósofos la mayoría consideraba como principios de todas las cosas a aquellos principios cuya naturaleza era la materia (*hylé*). Aquello de lo cual procede todo ser, el punto de partida de su generación y el término final de su perecer, en tanto que la sustancia (*ousía*) permanece y sólo cambian los accidentes, tal es para ellos el elemento (*stoicheion*) y el principio (*arjé*) de todos los entes".

Esta referencia aristotélica es sumamente valiosa y en cuanto se refiere a los milesios es evidente el sentido y el alcance de su monismo materialista. El agua, lo indeterminado y el aire son sustancias eternas y materiales, sustratos en que se asienta el universo cambiante y multiforme. En estos primeros filósofos la materia (*hylé*) es sustancia (*ousía*)

en movimiento como soporte de todos los fenómenos que el devenir produce. En griego sustancia (*ousía*) es también la propiedad o el haber de alguien; es decir, siempre tiene un significado concreto. Es así el sostén en que se afirma el hombre como entidad psicofísica primero; luego, a medida que la situación económica evoluciona y la riqueza adquiere forma sustancial hasta determinar el valor y la gravitación social y política de un individuo, se convierte en la esencia a la que se añaden los atributos que lo califican.

En el idealismo la sustancia se transforma en una categoría abstracta; es el sujeto en el juicio. Para la metafísica esa sustancia se diversifica; se llega ahora a los conceptos o ideas hipostasiados según ocurre en Platón. La materia, en cambio, separada de la sustancia, queda reducida a un receptáculo sin forma, algo oscuro e indeterminado que necesita ser informado por la idea; es en definitiva el no-ser, que para los griegos no es una negación absoluta sino una mera posibilidad que no puede actualizarse por sí misma.

En los milesios y demás materialistas de la época, si se exceptúa a Parménides y en parte a Anaxágoras y a Empédocles, la sustancia (*ousía*) es materia (*hylé*) y principio (*arjé*) que posee en sí movimiento; es el fundamento último de todos los entes, su propiedad esencial, el haber con que cuentan para afirmarse sólidamente en la existencia.

La lenta abstracción que la palabra sustancia sufre hasta convertirse en un ente de razón y un supuesto metafísico en Pitágoras, por ejemplo, con el sentido que se le acuerda al número, o en Parménides, con la primacía que adquiere el ser inmutable, eterno e inmóvil, no es más que el resultado del proceso iniciado por el auge de la mercancía y la economía dineraria. El valor de las cosas, el poder que surge de su manejo y control es algo intangible; los objetos mismos se consumen o se aniquilan; el dinero producido se gasta o invierte. Todo eso forma el mundo visible y fenómeno que tiene el aspecto de una ilusión para quien lo observa desde el ángulo de su fugacidad repetida pero siempre cambiante. Más los hombres que dominan ese ámbito económico extraen de la apropiación del valor de cambio un poder que sobrepasa social y políticamente todo lo fáctico. El mando, el privilegio, la autoridad quedan como decantación del proceso productivo, la cosa en sí que en apariencia torna posible la actividad humana; tal es la sustancia mágica, imponderable, pero real en que reside la aureola sutil en que se mueve la clase dominante y la que se arroga el papel decisivo en el quehacer comunitario.

Si se considera el auge adquirido por la mercancía en este período bajo su forma de valor de cambio, la que impone nuevas categorías conceptuales en el ámbito intelectual del Mediterráneo, parecería aceptable que "los primitivos filósofos griegos deben lo que hay de nuevo en su

obra, no a su familiaridad con las técnicas de la producción sino a los nuevos desarrollos de las relaciones de producción que, al transformar la estructura de la sociedad, habían originado una distinta visión del mundo". Este juicio de George Thomson es un paso audaz y novedoso porque significa aplicar el método del materialismo dialéctico a un hecho histórico que para la mayoría de los tratadistas occidentales escapaba a su órbita. El acierto de Thomson es innegable desde el punto de vista general. Sin embargo, quedaría por probar si la opinión de Farrington es tan desacertada a pesar de su unilateralidad y si podría ser eliminada como factor codeterminante en el cambio de óptica mental de los jónicos. Este autor sostiene que "los milesios no fueron simplemente observadores de la naturaleza. Fueron observadores cuya mirada se había aguzado, cuya atención sostenida y cuya selección de los fenómenos que debían estudiarse había sido condicionada mediante el trato íntimo con cierto conjunto de técnicas. La novedad de sus formas de pensamiento sólo se explica negativamente por su rechazo de la intervención mística o sobrenatural. Lo que cuenta es su contenido positivo. Y éste fue extraño de las técnicas de su tiempo".

De la importancia que en el siglo sexto adquirieron las técnicas y los inventos en una época de intensa evolución de la vida económica da idea clara la actividad de los arquitectos Roico, Teledes y Teodoro, quienes resolvieron el problema del vaciado de estatuas de bronce de tamaño natural. El último era hijo de Roico, y todos oriundos de Samos, la célebre isla gobernada por Policrates.

Teodoro floreció alrededor del año 530, es decir, no sólo fue compatriota sino también contemporáneo de Pitágoras. Su prestigio como ingeniero debió ser muy grande, pues Herodoto, Plinio y Diógenes Laercio hablan de algunas realizaciones suyas en el dominio de la construcción y la tecnología, las que superaron todo cuanto se conocía hasta entonces. Se le asigna la instalación de un sistema de calefacción central en el templo de Diana, en Efeso, y Farrington agrega a la lista de sus invenciones el nivel, la escuadra, la regla y el mandril.

Estas creaciones servían de apoyo a la producción de mercancías e impulsaban la esfera de influencia del mercado. Es casi seguro que en su tiempo, a pesar de que la historia del pensamiento no cita siempre el nombre de estos héroes anónimos de la ciencia ni alude a sus obras, la gravitación económica y hasta ideológica que ejercieron, pesó tanto o sin duda mucho más que la de ciertos filósofos que hoy ocupan interminables páginas de relatos y doctrinas que ponen a prueba la buena voluntad del lector moderno.

Creemos, en consecuencia, que el argumento de Farrington no anula el de Thomson, pero éste tal vez se apresura a eliminar factores que como los oficios y las herramientas, que contribuían al proceso de la producción,

no pueden desecharse porque también ellos son hechos concretos, de valor teórico y práctico; su reflejo en la conciencia humana enriquece, además, la visión naturalista y dinámica de la vida aparte de extender la fuerza de trabajo y su aplicación a la naturaleza a la que transforma no menos que lo que ésta modifica al hombre.

Se ha pretendido, de acuerdo con una tradición que se remonta a Cicerón y a Agustín, convertir a los milesios en cultores de una presunta teología natural o teodicea, cuyos gérmenes se dan ciertamente en la filosofía presocrática, pero no en los jonios sino a través de los pitagóricos y Parménides y que culminan en Platón. Tal es la tentativa de Jaeger. "Vamos a encontrar —dice este autor— que el problema de lo Divino ocupa en las especulaciones de los primeros filósofos naturales un puesto mucho más amplio de lo que con frecuencia estamos dispuestos a reconocer y que en realidad recibe una parte de su atención mucho mayor de la que pudiera llevarnos a esperar el cuadro que trata Aristóteles del desarrollo de la filosofía en el libro primero de la *Metafísica*". También asegura que "la teología filosófica de los primeros pensadores griegos representa, como reconoce claramente y proclama altamente San Agustín en su *De Civitate Dei*, el hontanar de esta teología universal que fue desarrollándose poco a poco". Pues a pesar de haber estudiado con Diels y Wilamowitz y reconocer la unidad de la cultura griega, sostiene Jaeger que ha gastado "una vida entera en el estudio de la tradición cristiana, especialmente en su fase antigua, griega y romana" y que lo ha "impresionado profundamente la continuidad de las formas fundamentales del pensamiento y de su expresión que franquea triunfante el abismo abierto entre estos períodos antitéticos del espíritu humano y los integra en una civilización universal".

La tesis del impresionable filólogo alemán parece basarse en el testimonio de la stoa y de los doctores de la iglesia quienes adaptaron a sus necesidades apologeticas los fragmentos de los presocráticos, o destruyeron otros si probaban lo contrario, como hicieron Clemente y Orígenes con Heráclito. Pero la herencia está ya muy turbia cuando llega a Agustín y mal puede éste servir de antecedente para justificar la continuidad del pensamiento religioso entre hombres de ámbitos tan dispares cultural, social e históricamente, sin hablar de la infraestructura económica. Asimismo, tampoco es posible aceptar que en este caso la filología, apoyada en *De Civitate Dei*, consiga desmentir el testimonio de Aristóteles sobre los antiguos filósofos. El Estagirita, que buscaba una causa eficiente a fin de probar el movimiento y con ella la idea de un espíritu que desde fuera del mundo lo echara a andar, reconoció honestamente que salvo Parménides, Empédocles o Anaxágoras —y no sin reticencias— los demás pensadores no podían ayudarle, pues pertenecían al grupo de los que creían en un principio material como origen del mundo. Lo divino en

los jonios es una fuerza immanente en la naturaleza que no puede desprenderse de la materia, ni existía para ellos la división entre espíritu y materia. Por otra parte, la religión milesia poseía un tono mundano, casi sensual, en cuanto exaltaba la alegría de vivir y no contenía en su esencia nada sombrío ni ascético, según correspondía a una clase dirigente que conquistó la prosperidad y gozó plenamente de las ventajas que ello otorgaba.

Rosas y una pretendida industrialización

Por J. ESPALLA

No existe una ley abstracta, general e inmutable de la población, y quienes han pretendido aplicarla a todo el mundo y de forma indiscriminada, en el espacio y tiempo históricos, llegaron a conclusiones absurdas.

Lo que resulta ya indiscutible es que las vinculaciones fundamentales son las que relacionan la población y el sistema de organización económica de una sociedad en determinado período de su desenvolvimiento.

No es necesario establecer que no existe ninguna clase de vinculación entre ese principio y los supuestos teóricos de Malthus o los de la teoría del optimum sintético, cuyas faltas de bases científica han sido puntualizadas en el siglo pasado, para relacionar el aumento de población activa como medio de incrementación de la producción y mayor fuente de consumo.

Así, un mínimo programa de industrialización necesita mano de obra, ya sea proveniente de la inmigración o del desplazamiento interno de la población existente, causada por la crisis de un sistema de producción o de algún sector productivo o por los desalojos y despojos a que se ve sometida la masa trabajadora por esos factores, u otros, de cambio de orientación económica adoptado por la clase o grupo social gobernante.

De ahí que si Rosas hubiera deseado en realidad un desarrollo de la agricultura e incrementación de la industria fabril del país, ya sea por la comentada Ley de Aduana de 1835, u otra medida económica, necesitaba una mayor población activa, fuerza de trabajo disponible para volcarla en esas nuevas fuentes de producción.

Queremos demostrar aquí que la citada Ley de Aduana no cambió el sistema de producción ni mejoró la economía del país, ni Rosas se propuso, en ninguna forma, introducir cambios en los órdenes económico y social ni modificar su carácter exportador de productos pecuarios, rubros en que se distinguía especialmente la provincia de Buenos Aires. Ello no significa, claro está, disminuir la importancia de la exportación de cueros y carne salada, así como el papel que después desempeñará la lana en la economía nacional, aspectos que nadie puede discutir.

Debemos, pues, considerar los factores concurrentes que, de una u otra forma, eran necesarios para que se pudiera haber alcanzado ese desarrollo fabril y agrario que aparentemente habría perseguido la mencionada ley.

Hemos de considerar en primer término la inmigración —cabe subrayar, como vimos en el artículo anterior, que Rosas llegó a prohibir aún la introducción de animales finos— a la que el dictador boicoteó, ya que disolvió las comisiones establecidas a ese efecto por gobiernos anteriores. Sólo se podía contar, entonces, en tal sentido, con el crecimiento vegetativo —y con los que entraban de contrabando— para realizar un supuesto programa de transformación económica.

Rosas aplicó, en consecuencia, la política restrictiva sobre la población seguida por España durante la Colonia. Entre 1509 y 1740 emigraron desde la península 150.000 personas con destino a toda América. El Río de la Plata en 1810 contaba con sólo 405.600 habitantes y alcanzó en 1852 a 1.100.000, resultando un aumento de casi 700.000 habitantes en medio siglo, lo que equivale a un promedio de 15.500 por año.

Se debe advertir que la lentitud del crecimiento de la población en el período colonial dependió de la política económica de España, puesto que las restricciones a la inmigración se hallaban vinculadas al monopolio comercial, y el sistema de prohibiciones a la actividad agraria y manufacturera que impuso en sus colonias constituyó una estructura que representó el atraso económico y social de estos países.

Por esa causa, sin duda, Belgrano, Vieytes, Moreno, y Rivadavia después, al par que propugnaban crear industrias e incrementar la producción agraria, clamaban por el aumento de la población mediante la afluencia de inmigrantes, preferencias para introducir maquinarias y herramientas para la agricultura, contratación de técnicos para la enseñanza, distribución de la tierra y mejoras de los medios de comunicaciones y caminos. No predicaban, en este caso como utopistas doctrinarios ni hacían demagogia; eran sinceros luchadores por la transformación del país dentro de la concepción

de la burguesía progresista de la época. Comprendían que con 405.600 habitantes, con una pobre artesanía, con una incipiente y rudimentaria agricultura, con escasa explotación minera, con el desierto que rodeaba a cada pueblo, nada se lograría sin aplicar medidas de fondo.

Esa población estaba concentrada distintamente entonces: en la provincia de Buenos Aires había 90.000 habitantes, (en la ciudad vivían 41.642), y en cambio, las otras provincias más importantes, como Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza, Salta y Jujuy, sumaban en total 250.000 habitantes.

Las prevenciones de aquellos revolucionarios progresistas se vieron, desgraciadamente, confirmadas por la realidad posterior. Cuando Rosas aplicó la Ley de Aduana, la provincia de Buenos Aires tenía 190.000 habitantes, en tanto las otras provincias citadas sólo alcanzaban a 270.000.

Con sobrada razón alguien ha apuntado que "la población se distribuyó con miras al exterior", es decir, que la gente buscaba su actividad en el comercio, pues debido a la situación expuesta más arriba, se veía obligada a concentrarse en los puertos, centro de la actividad comercial. Y para mayor agravante, el comercio mayorista estaba, en su casi totalidad, en manos extranjeras, predominantemente inglesas.

Dentro de este complejo económico con preeminencia creciente de Buenos Aires, deben indicarse las excepciones constituidas por las ciudades de Córdoba, Tucumán y Mendoza, cuyas zonas de influencia serán los centros para dirimir la supremacía frente al litoral porteño. Córdoba, enclavaba en la ruta al Perú, poseía una aduana que funcionaba como puerto, y era, además, importante por la explotación de sus caleras; Tucumán, escala entre Perú y Buenos Aires, se había constituido en centro azucarero y de la construcción de carretas; Mendoza, que realizaba un importante comercio con Chile, se distinguía también como centro vitivinícola y frutícola.

Rosas dicta la Ley de Aduana y ello le permite resistir la presión de las provincias que deseaban medidas protectoras y de estímulo para su peculiar actividad y, a la vez, para ampliar sus inversiones agrarias e implantar las manufactureras.

La ausencia de perspectivas para el desarrollo de la agricultura —que se debió, además, a la concentración de la tierra en manos de terratenientes y ganaderos— hace que el trabajador rural se vuelque en las tareas pecuarias, ya que la manufactura no existía. En verdad, los "talleres cuyo proceso de capitalización se realiza en base a la labor obcecada de su propietario y a un régimen de trabajo que tiene más de etapa servil que de capitalista..." no podía disponer de esa fuerza de trabajo. Es un axioma, por otra

parte, que no pueden existir fábricas ni industrias sin mano de obra libre asalariada, y en este período, esta última premisa sólo se daba en casos excepcionales. Tampoco debe olvidarse que de ese ámbito rural obtenían los caudillos sus huestes montoneras

La forma general de la vida predominante en la campaña era la servidumbre disfrazada, que subsistió hasta muy entrado el siglo XIX, y en algunas regiones del interior, hasta principios del actual. Se trata del peonaje, atado por conchavo; cada uno de los integrantes de ese grupo, mediante anticipos que le concede el patrón, quedaba obligado a resarcir a éste de lo recibido con el producto del trabajo, y las deudas interminables así contraídas, que constituyen la cadena de su esclavitud, las heredan sus hijos y los hijos de sus hijos. Es éste el aspecto negativo del trabajo no entrevisto por Hegel, en el que el hombre se enajena hasta cosificarse.

Si seguimos ahora el hilo de nuestra tesis parece que no era una extravagancia de Rivadavia su propósito de traer alfareros, agricultores, carpinteros, herreros, albañiles, viñateros y poblar las tierras conquistadas al indio con mil familias. Asimismo proyectaba entregar gratis parcelas de tierra a los criollos, tratando por éste medio de evitar que ésta cayera en manos de los saladeristas, como sucedió después durante el gobierno de Rosas.

La finalidad de conseguir mano de obra y conjurar el peligro de las deserciones provocadas por los enganches y levas forzosas dieron origen a las medidas contra los vagos y "mal entretenidos", las que no fueron dictadas exclusivamente por la provincia de Buenos Aires en 1815. En efecto, Artigas adoptó igual temperamento en la Banda Oriental el mismo año; Mariano Vera lo hizo en 1816 en Santa Fe; San Martín en Cuyo en 1817, y el caudillo Francisco Ramírez en 1818 en Entre Ríos y Corrientes.

En el mensaje de 1837, Rosas proclama airoso que por intermedio de redadas policiales ha logrado que los jóvenes dejen de molestar en las calles, poblando con ellos los talleres de los artesanos (no dice fábricas ni habla de industria). Citamos, al pasar, estas decisiones oficiales, según las cuales se obliga a parte de la población a ceder su fuerza de trabajo, por la gravitación que la circunstancia reviste en la rudimentaria artesanía de la época, en la estrategia económica de Rosas y en los atisbos que puede dar para indagar el proceso de la acumulación originaria en nuestro país.

Al dictar la Ley de Aduana, el gobernador de Buenos Aires realizaba un doble juego: a la vez que pretendía acallar las críticas de determinados sectores provincianos, persistía en su antigua posición expresada por los delegados de Buenos Aires, cuando éstos se opusieron abiertamente a la prohibición de introducir artículos

extranjeros. Sigue pensando igual en 1834, como lo prueba de Angelis en su "Memoria sobre el estado de la hacienda pública", en la que se critica a los productores locales que buscan que el gobierno obstaculice la introducción de mercancías extranjeras para obligar de este modo —decía— a consumir lo malo que se fabricaba dentro del país.

Y el pensamiento de Rosas no varía en 1841 (decreto del 17 de junio) porque en el artículo tercero dispone: "La fabricación de manufacturas en el país no excluirá la introducción de iguales manufacturas extranjeras". ¿Qué importancia podía tener, entonces, que se dispusiera, por el mismo decreto, premios a los inventores? ¿Cuáles era el designio real de los aumentos tarifarios? Una ficción mediante la cual se disimulaban los compromisos políticos pero no se modificaba la estructura económica de fondo.

En sus mensajes, Rosas habla del intercambio con el interior. Pero la realidad es muy distinta. El decreto del 11 de enero de 1839 aclara el sentido de esa manifestación oficial; por él se elevaba el derecho de tránsito a través del Puente de la Restauración cobrándose a cada carruaje cargado, cuatro reales; vacío, dos; cada cabalgadura, medio real; ganado vacuno, medio real, y cada seis lanares, dos reales.

Por otra parte, en lugar de estimular a la agricultura, por decreto del 1º de mayo de 1837, se prohibía la exportación de trigo y harina. Sin embargo, en su mensaje de 1839 exaltaba la placidez del campo y la inminencia de abundantes cosechas, lo que no pasaba de ser pura fantasía, de la que se han contagiado después publicistas de escasa vocación investigadora.

Por supuesto que éstos no son los únicos aspectos de la dualidad de Rosas, que desmienten sus objetivos progresistas. En abril de 1838 comunica al director de la Casa de Expositos, para que cese el establecimiento y repartan los niños entre personas de caridad; al inspector general de escuelas y al rector de la Universidad que, por falta de recursos, deben clausurarse esos centros si los interesados no pueden solventar los gastos correspondientes. En cuanto a la Sociedad de Beneficencia, el hospital de mujeres y el de hombres, indica que deben recurrir a la caridad pública para subsistir, o de lo contrario tendrán que ser clausurados. Toda esta penuria del erario no impidió, empero, que en noviembre de 1838 eximiera a José María Rojas de los cien mil pesos que recibió del Tesoro público, en noviembre de 1828, en calidad de préstamo, sin interés.

Puede señalarse la presencia de diversos elementos contradictorios en la economía de la época que denuncian la imposibilidad de lograr un desarrollo manufacturero ni tampoco agrario.

Así, por ejemplo, no queda lugar para suponer que el terrateniente y ganadero Rosas tuviera la intención de proceder a la distribución de la tierra con destino a establecer agricultores, aun cuando se tratara de predios ubicados en las zonas de frontera. Es sabido que todos los bonos por premios consistentes en tierra fueron a parar a manos de terratenientes y ganaderos; el despojo de los enfiteutas favoreció también a falsos postulantes o a interpósitas personas. A este respecto debemos recordar un conspicuo ejemplo: por ley del 10 de mayo de 1836 se dispuso que las veinte leguas otorgadas en enfiteusis al doctor Manuel Vicente Maza pasaran al dominio de Rosas.

En cuanto a los caminos y medios de transporte se hallaban en las mismas condiciones que durante la Colonia. Los 1.658 kilómetros entre Mendoza y Buenos Aires demandaban para ser cubiertos mayor tiempo que la travesía entre Liverpool y Buenos Aires. Las demás intercomunicaciones provinciales no eran mejores. En esas condiciones tan precarias no había aliciente para promover el intercambio interno ni para diversificar la producción agraria ni existían motivos que estimularan la instalación de talleres y fábricas. El comercio interior se orientaba preferentemente hacia Buenos Aires buscando la salida de sus productos por el único puerto existente. Según Maeso, en 1851, entraron en Buenos Aires procedentes de Salta, Santiago del Estero y Tucumán unas mil carretas y otras 2.500 de Córdoba, las que traían cueros vacunos, fardos de lana, cueros de cabra curtidos, botas, fardos de tejido y productos alimenticios. Ello denota el tipo de producción de las provincias y el destino asignado. Por supuesto, en base a estos datos no puede obtenerse una estadística fiel de la exportación; para no caer en abstracciones debería efectuarse un análisis que determinara qué parte de esa riqueza quedaba en el país y cómo beneficiaba a cada zona, y qué grupo o clase social se la apropiaba en virtud de las condiciones económicas imperantes.

Es lógico deducir que si Rosas hubiera cerrado el mercado importador de manera efectiva por medios tarifarios u otros artificiales hubiera reducido la posibilidad de su propia exportación, conspirando contra sus intereses y los de su propia clase social, hecho que no se presentó en la práctica. Así pues, al no poderse solucionar los problemas de la producción ni tampoco diversificarla resultaba imposible incorporar nuevos rubros fabriles. La economía del interior —y también la de Buenos Aires— seguía en el mayor retraso por más frases que se pronunciaran sobre los adelantos agrarios e industriales.

Si no se aumentaba la producción ni se reemplazaba lo importado con mercancías locales, las restricciones impuestas resultaban

trabas perjudiciales para el consumidor que, en definitiva, debía cargar sobre su presupuesto los aumentos con que se gravaban los artículos extranjeros.

Mucho más restrictiva fue —si se nos permite citar un experimento anterior al de Rosas— la política aduanera propugnada por Artigas con su nuevo Reglamento Provisional de abril de 1816, según el cual a la introducción de calzado y ropa hecha se le imponía un recargo del 40 por ciento, aparte del uno y medio por ciento del Ramo Patriótico; la plata pagaba un 12 por ciento y el oro el 10 y medio por ciento. (Véase el importante estudio de la profesora María A. Duarte, en "Trabajos y comunicaciones", N° 15, La Plata, 1966). Pero Artigas cometió el mismo error que señalamos, pues no fomentó el establecimiento, en las zonas bajo su influencia, de los ramos de la producción que gravaba; la medida defensiva resultaba, entonces, contraproducente. No es ocioso recordar donde residía el nudo de esta dificultad: la vestimenta en general, los utensilios domésticos y hasta las prendas del apero del gaucho eran de confección inglesa. (Ver J. Raed, *Rosas y el cónsul general inglés. Las condecoraciones*, Devenir, Bs. As.).

Tampoco permitió Rosas la explotación de las minas de oro ni de otro mineral, alegando para ello que esa tarea no podía quedar a cargo de extranjeros. Nuestras minas fueron explotadas en Mendoza desde antes de la llegada de los españoles; éstos continuaron tales tareas que luego heredaron los criollos sin que variaran fundamentalmente los rudimentarios métodos de trabajo. Cuando en 1849 una sociedad de mendocinos remitió a Rosas dos cajones con muestras de diferentes minerales de la zona los empresarios se dejaron llevar por la falsa ilusión de una ayuda que nunca recibieron. En efecto, tres años más tarde esos cajones se encontraron sin abrir.

La explotación de las salinas también se vio paralizada en la época de Rosas quien prefirió importar sal del extranjero para la salazón de sus carnes. Contrasta esta conducta con el designio de la Primera Junta y de Moreno que se interesaron por este problema.

La verdadera actitud de Rosas en esta emergencia está determinada por los intereses de la clase ganadera porteña de la cual él era el factor decisivo. Todo desarrollo económico, independiente de su esfera de influencia, creaba la posibilidad de una autonomía política que de ser seguida por otras provincias originaría complicaciones al monopolio de los terratenientes y saladeristas bonaerenses, que él representaba y dirigía con mano dura frente al interior. Parece innecesario destacar por lo demás, que sus constantes invectivas contra los extranjeros, como en el caso de los técnicos mineros, eran expresiones de vulgar patriotismo en boca de quien siempre

ubicó sus intereses y sus simpatías al lado de Inglaterra. El gobernador de Buenos Aires llegó a decretar tres días de duelo por la muerte de Guillermo IV y humilló a los empleados públicos y militares, obligándolos a llevar luto por ese tiempo, y aun en el destierro seguía pensando que derrocado él no habría mejor gobernante para la Argentina que la princesa inglesa Alicia.

En resumen, la falta de progreso económico en el interior, el fracaso de la agricultura, la ausencia de fábricas, la paralización de las labores mineras, las trabas a la inmigración, el deplorable estado de los caminos y el transporte, y aun la explotación pecuaria realizada con métodos de la colonia, las estancias pobladas con edificios primitivos, el retraso en la implantación del alambrado, que ya se conocía en el país, todo ello configuraba un cuadro de estancamiento general.

En esas condiciones se explica que la población creciera a un ritmo de acentuada lentitud. La ciudad de Buenos Aires, la más progresista, pasó de los 300 pobladores en 1580 a 85.400 en 1852, cuando medio siglo después el crecimiento anual será de 83.400 habitantes; la provincia de Santa Fe en 1797 tenía 11.292 habitantes y llega en 1836-37 a 20.000; la provincia de Mendoza en 1819 contaba con 38.000 y en 1836-37 alcanzó a 40.000 pobladores; Córdoba en esas fechas va de 75.000 a 85.000 habitantes; la provincia de Buenos Aires en 1797 acusa 72.168 habitantes y en 1836-37 posee 190.000. Tomando la totalidad del país en 1810 los habitantes alcanzan a 405.600, en 1819 a 527.000, en 1829 a 634.000, en 1839 a 768.000 y en 1849 a 935.000 habitantes, es decir, que apenas se ha duplicado la población en cuarenta años no obstante que las zonas habitables habían aumentado en miles de leguas cuadradas.

La frustración de algunas medidas económicas de gobiernos anteriores a Rosas, su debilitamiento en otros aspectos, y el predominio del grupo terrateniente, ganadero y saladeril, dieron a la nación su fisonomía característica. La dependencia de esos sectores ligados al mercado exterior permitió que persistiera y se extendiera el desierto y el consecuente retraso del país, síntomas que no desaparecieron con la caída de la dictadura; por el contrario, estos se ahondan en diversa medida a causa del sometimiento creciente de esas fuerzas al capital inversor extranjero. Se frenan de esta manera los anhelos de transformaciones socioeconómicas y para ocultar ese fin se esgrimen engañosos pretextos que tienden a mantener una orientación económica coincidente con los intereses de la clase dominante, ajenos por lo común a los objetivos verdaderamente nacionales.

RADIOGRAFIA DEL NEOCOLONIALISMO

Más que el título de un libro **Neocolonialismo, última etapa del imperialismo**, surge como un grito de guerra en el cual se condensa la fuerza de las nuevas corrientes de la vida africana que tratan de sacudirse siglos de violencia, rapiñas y ultrajes que han enriquecido a Europa y obligan a maldecir la memoria de sus estadistas, generales, mercaderes y clérigos.

Kwame Nkrumah, ex presidente de Ghana, es el autor de este trabajo, en donde se descubre sin esfuerzo el eco potente de **El imperialismo, fase superior del capitalismo**, obra que hace medio siglo señaló el rumbo de esta clase de estudios.

En este caso, la lupa se centra casi exclusivamente sobre el **modus operandi** de los grandes capitales coaligados que, en particular después de la segunda guerra mundial, se reagruparon y organizaron para despojar de manera científica, diríamos, al continente balcanizado aunque no independizado de sus metrópolis. Contrariamente al ejemplo de la América española y portuguesa que hace siglo y medio cambió de amo como consecuen-

cia de las transformaciones producidas en el dominio del mundo a fines del siglo XVIII y principios del XIX, Africa soporta el asedio de una nueva variante de vasallaje por parte de quienes la venían despojando con el estatuto de colonia. El neocolonialismo es el disfraz adoptado por Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Estados Unidos para tratar de neutralizar las ventajas que podrían resultar de la situación política creada en gran parte del continente negro.

“La esencia del neocolonialismo —expresa Nkrumah— es que el Estado que le está sujeto es, en teoría, independiente y tiene todos los atributos externos de la soberanía internacional. En realidad, su sistema económico y con ello su política, son dirigidos desde afuera”.

Por supuesto, los métodos con los cuales se ejerce esta sujeción varían. Incluyen a veces el control por las tropas del antiguo conquistador, en caso de tensión latente, aunque las medidas más eficaces son las coyundas económicas y monetarias. una constituyen el procedimiento clásico para sofocar toda rebelión de las jóvenes naciones. Así el Estado “li-

berado” se ve constreñido a comprar los productos que introducen las empresas imperialistas, deben nombrar funcionarios condescendientes y más o menos soborables en los puestos claves, conceder a compañías privadas, extranjeras, el derecho a explotar sus yacimientos y materias primas decisivas y abstenerse de realizar actividad industrial alguna que pueda comprometer los intereses del país inversor y agresor. Es la vieja historia, no menos trágica por ser conocida, que soporta todo el mundo subdesarrollado de América y Asia. En suma, el neocolonialismo utiliza el capital financiero para la explotación no para el desarrollo, esto es, en beneficio de los grandes monopolios y como medio de alejar los problemas sociales internos de los centros superpoblados y de gran capacidad tecnológica. Queda, pues, al descubierto el sentido de cierto tipo de “desarrollismo”, que los políticos venales, occidentales y cristianos, convierten en bandera de una revolución pacífica, que tiene vinculaciones con la Alianza para el Progreso y el respaldo de aprovechados consorcios de banqueros. Hace más de setenta años el aventurero inglés Cecil Rhodes adelantó únicamente la tesis central del desarrollismo hoy tan difundido. Al regresar de una manifestación en un barrio pobre londinense en el que los obreros pedían pan confeso a un amigo: “Para salvar a los cuarenta millones de habitantes del

Reino Unido de una guerra civil funesta, nosotros, los políticos coloniales, debemos posesionarnos de nuevos territorios; a ellos enviaremos el exceso de población y en ellos encontraremos nuevos mercados para la producción de nuestras fábricas y de nuestras minas. El imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago”. Es claro, entonces, que el desarrollo impulsado por el capitalismo no se propone erradicar la pobreza, pues si éste fuera su designio los magnates norteamericanos tendrían suficiente tarea dentro de sus fronteras para elevar las condiciones infrahumanas en que viven millones de negros y blancos que constituyen un auténtico país subdesarrollado dentro de la riqueza y la opulencia de unos pocos. Pero resulta evidente que en este caso “el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y el nivel de vida de las masas hambrientas son las condiciones y las premisas básicas de este modo de producción”. Los sedicentes economistas neoliberales de América cuando hablan de desarrollismo apoyado por capitales monopolistas pretenden embellecer el capitalismo y disimulan las insolubles contradicciones que se agitan en su seno.

En tales condiciones Africa representa, a pesar de los nubarrones que se acumulan en su horizonte político, uno de los lugares preferidos de inversión para este capitalismo, que por su propia in-

dole, persigue ganancias y sólo puede tener en cuenta los beneficios de los accionistas. El llamado capitalismo del pueblo —variante americana del mismo cuento— tampoco concede participación a los que enriquecen a las empresas con su fuerza de trabajo sino a los que suscriben acciones.

Sostiene Nkrumah que una de las características geográficas del neocolonialismo es la de haber roto la unidad de bloques inmensos de territorios para convertirlos en pequeños países incapaces de bastarse a sí mismos, con límites imprecisos, generadores de conflictos, y caprichosas subdivisiones internas. Cada nueva nación ha quedado supeditada de este modo para subsistir a la ayuda de los ex colonos que deben proveerles recursos para su desarrollo y su defensa. Pero la situación si de momento favorece al conquistador crea nuevas contradicciones y prepara las bases para la maduración de la conciencia nativa. Y Nkrumah cree, con razón, que las armas que hoy sirven para vigilar una independencia muy precaria caerán un día en poder de elementos progresistas y serán, quizá en un futuro no tan lejano, el instrumento idóneo para liberarse de su nuevo estado de servidumbre.

Uno de los méritos mayores de este trabajo es, sin duda, la minuciosa información sobre las empresas y los grupos monopolistas que actúan en África y el modo en que operan para apoderarse de

todas las fuentes de materias primas, sobre todo en lo que respecta a metales ferrosos, estaño, aluminio, nickel, oro, diamantes e infinidad de productos naturales, todos de absoluta necesidad en la industria moderna y de excelente comercialización en el mercado internacional. La facilidad con que pueden obtenerse concesiones ventajosas y mano de obra casi gratis, empuja a los inversores hacia África: allí el capital financiero tiene un campo virgen, excepcionalmente rendidor, que asegura al complejo industrial europeo y americano los elementos indispensables para su funcionamiento, y a un sector privilegiado —“los cortadores de cupones”— el dinero abundante para su vida ociosa.

Fabulosos monopolios depredan el África, verdaderos imperios financieros que agrupan a empresas dedicadas a todas las actividades extractivas y productivas que permite ese vasto territorio. “Dar una idea completa de la complicada red de compañías extranjeras que actualmente rigen en tan gran medida la vida económica de África sería imposible en el espacio de un solo libro”. El más célebre de estos grupos es el de Oppenheimer, legendario rey de la minería de Sudáfrica, que controla la cerca de setenta empresas dedicadas a extraer oro, diamantes, a explotaciones forestales, bancos, construcciones, transportes, con ramificaciones en todo el mundo. El mismo Nkrumah con-

fiesa que distinguir los límites de este imperio invisible y sus vasos comunicantes requeriría un esfuerzo muy difícil de realizar en las actuales circunstancias; lo que sí puede saberse es que la miseria y la explotación del pueblo africano se debe a la actividad de esos extraordinarios pulpos.

Otro nombre, también siniestro, es el de la Anglo American Corporation Limited, vinculada a Oppenheimer, y que se dedica a finanzas e inversiones, minas de diamantes, carbón, cobre, exploraciones del suelo tras la búsqueda incesante de nuevos yacimientos, bienes raíces, etc. Es interesante destacar que entre las compañías subsidiarias de este coloso figuran dos dedicadas a la contratación de mano de obra nativa. El reclutamiento tiene el carácter de verdaderas levas y se asegura que el salario de un minero africano es veinte veces menor que el de un norteamericano sin olvidar que las condiciones de trabajo y los “derechos sociales” no admiten parangón.

Otra organización industrial sobre la cual el autor pone particular énfasis es la Unión Minière du Haut Katanga de recordada y turbia actuación con motivo de la crisis del Congo. El asesinato de Lumumba y la posterior gravitación de Tshombe y su derrocamiento rodean de un hálito de sangre y violencia a esta parte de la vida africana. La Société Générale depende de la Unión

Minière y entre los integrantes de ese grupo que ha explotado a ese desgraciado país figura la Compagnie du Congo pour le Commerce fundada en 1886 cuando Leopoldo II establecía su imperio en dicha región.

El “milagro” de la rápida recuperación belga —y otros del mismo tipo— después de la segunda guerra mundial en que el país fue devastado y ocupado por los alemanes, pudo lograrse merced al botín extraído del Congo. Los congoleños debieron dejarse robar y continuar su vida miserable para tener el privilegio de haber contribuido a restaurar la vida altamente civilizada de este miembro dilecto de la gran familia europea, siempre ensalzada por sus virtudes cristianas y su cultura latina.

Entre los centenares de dirigentes de empresa que figuran en este alucinante desfile es notable observar cómo algunos nombres archiconocidos en el mundo de las altas finanzas y de los negocios internacionales, se repiten en los diversos directorios con aburridora frecuencia. Rockefeller, Morgan, Rothschild, Patiño, Oppenheimer, A n n a n, Drayton, Lord Baillieu, Lord Malvern y decenas de estos personajes aparecen y reaparecen juntos o separados en las empresas más distintas. Este grupo de individuos constituye el imperio de las finanzas que domina en verdad al mundo de Occidente por encima de los gobiernos

constitucionales, establecidos por razones de orden simplemente administrativo, y de las fronteras, que resultan todavía más convencionales.

Este compacto conjunto de empresas combinadas no se limita, naturalmente, a succionar la riqueza que produce "milagros" y florecimientos en otros lugares y empobrece más aún a los países subdesarrollados con el pretexto de ayudarlos a explotar sus recursos. El monopolio no actúa sólo en el plano económico-financiero; su gravitación se hace sentir también en lo político, religioso y artístico. "Es esta suma total de los modernos intentos para perpetuar el colonialismo y al mismo tiempo hablar de **libertad** lo que ha llegado a conocerse como **neocolonialismo**".

Para Nkrumah "el primero de los colonialistas es Estados Unidos que desde hace largo tiempo ejerce su dominio en América latina. Cautelosamente, al principio, se volvió hacia Europa y luego con mayor seguridad a partir de la segunda guerra mundial, cuando la mayoría de los países del continente estaban endeudados con él". La forma más conocida de penetración neocolonialista es la "ayuda", la que alcanzó entre 1956 y 1962 a cerca de treinta mil millones de dólares distribuidos en 56 países. Se calcula que los intereses y utilidades de esa cantidad en dicho período sumaron quince mil millones de libras esterlinas. Una

estimación de Nkrumah subraya que una "ayuda" promedio de 2.600 millones de dólares da derecho al inversor a extraer del país "favorecido" otro tanto sólo por intereses y utilidad.

Estas actividades usurarias se complementan debidamente en el aspecto cultural. Así en el campo del trabajo —sostiene el autor de este libro— el imperialismo opera a través de instrumentos laborales como los partidos socialdemócratas de Europa conducidos por el Partido Laborista británico y otras entidades tales como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, reemplazada ahora, según parece, por el African Labour Centre de Nueva York bajo las órdenes de George Meany y el conocido hombre de la CIA, Irving Brown.

El African Labour Centre declaró en su Boletín de marzo de 1965 sus grandes fines con total desprecio por los eufemismos: "En la movilización de los recursos de capital para invertirlos en la educación de los trabajadores, la capacitación vocacional, las cooperativas, las clínicas de salud y la vivienda el centro trabajará tanto con instituciones privadas como públicas. También estimulará la cooperación entre el trabajo y la dirección para ampliar la inversión de capital norteamericano en las naciones africanas". Este centro debe ser, según toda sospecha, brazo ejecutor de los designios de la OIT.

Al mismo tiempo que los gran-

des monopolios se aseguran concesiones sobre yacimientos y explotaciones forestales enormes, otros grupos colaterales se reservan derechos para establecer servicios de informaciones que abarcan todos los medios modernos impresos y parlantes. "Basta escuchar —dice Nkrumah— los aplausos de una audiencia africana cuando los héroes de Hollywood destrozan a los indios pieles rojas o a los asiáticos, para comprender la eficacia de esta arma... Y al lado del asesinato y del salvaje Oeste va una andanada de propaganda antisocialista en la que el sindicalista, el revolucionario o el hombre de piel oscura generalmente caracteriza al villano, mientras que el policía, el detective, el agente federal —en una palabra, el espía tipo CIA— es siempre el héroe".

Pero, insiste nuestro autor, "tal vez uno de los métodos más insidiosos de los neocolonialistas es el evangelismo. Después del movimiento liberador ha habido una verdadera invasión de sectas religiosas, norteamericanas en su abrumadora mayoría. Esto prueba que la religión es una superestructura decisiva de la ideología dominante y no es casual que aparezca con perfiles exacerbados en la fase del monopolio imperialista como supuesto aglutinante espiritual de un mundo que amenaza desplomarse. Parte de los negros americanos, por ejemplo, aceptan la religión del regímen que los oprime y creen que

ellos también son hijos, un tanto olvidados por cierto, del Dios de sus explotadores. Se intenta extender a África este estado de cosas, y resulta extraño que Nkrumah no considere necesario insistir en la vinculación que existe entre las relaciones de producción, las calamidades sociales y el opio del pueblo representado por las creencias religiosas, en particular las cristianas, típicas de las sociedades esclavistas.

La propaganda occidentalista en África se ha orquestado durante los últimos años en base a los proyectos del Pentágono, el que se sirve para ello de los instrumentos más variados, tales como el Rearme Moral, dirigido por un ex admirador de Himmler. Cuando este movimiento perdió prestigio fue reemplazado por los Cuerpos de Paz, organismo que el presidente Kennedy puso en manos de un Hal Shriver, enriquecido con la especulación de tierras en Chicago. Otro cuerpo importante dedicado a la tarea informativa y presuntamente cultural es la United States Information Agency, que cuenta con doce mil empleados, dispone de un presupuesto de ciento treinta millones de dólares al año y una red de ciento diez estaciones de radio. Tiene, además, 250 filiales en países extranjeros.

Nkrumah supone, no sin fundamento, que esta endeble base ideológica en que se afirma el neocolonialismo, así como los medios y la forma en que se lo

defiende, demuestran su debilidad y su impotencia. Piensa que este sistema de robo organizado contra el Africa puede combatirse con éxito si se consigue, en primer lugar, la unidad de los países que integran el continente, muchos de los cuales, empero, carecen de la necesaria estabilidad y libertad de movimientos para ser útiles a las masas desorientadas por la acción desintegradora del neocolonialismo. Subraya también el ex líder de Ghana que para el logro de tal propósito la condición esencial es la neutralidad o no **alineamiento político**, acompañado del indispensable esclarecimiento ideológico por medio de los partidos políticos que en su tierra ennobezan hoy la lucha por la liberación africana.

La tesis de Nkrumah parece ser que entre el neocolonialismo, última etapa del imperialismo, sin duda, y la revolución, habría una alternativa: la unidad podría forzar a los monopolios a una coexistencia pacífica y decorosa con un margen suficiente de bienestar para las sufridas masas de color. Cierto es que dentro del capitalismo se observan elementos recesivos, como el parasitismo, por ejemplo, que convierte a algunos de sus integrantes en rentistas ociosos y excéntricos, pero este hecho es demasiado débil para anular la movilidad del capital financiero, el que constituye una fuerza creciente y avasalladora a la que no se puede detener con medidas puramente

defensivas. Su agresividad es natural y necesaria; el capitalismo tiende a expandirse como el río salido de madre, con la diferencia de que el equilibrio no se logra nunca, pues depende de nuevos descubrimientos e inversiones. Confiar sólo en la unidad de las clases nativas para combatir la voluntad depredatoria de los monopolistas es una ilusión pequeño burguesa porque aquellas —como ocurrió en América del Sur— son a la postre corrompidas y sobornadas o terminan por asimilarse a la alta burguesía, por lo menos en la parte que detenta el poder nominal o ejerce el comercio, o bien se adhieren de modo parasitario a la estructura neocolonial. El proletariado consciente debe ser el núcleo germinal de la lucha con jefes ideológicamente esclarecidos.

El monopolio adquiere cada día un carácter social más acentuado a medida que extiende su poder sobre la tierra y somete a su arbitrio las fuerzas de la naturaleza, aumenta la producción en escala infinita, la hace circular en forma de mercancía por todo el planeta y hasta obliga a las masas a brindar casi sin condiciones su fuerza de trabajo. Bien mirado, todos éstos son hechos positivos. Sin embargo, en tanto se ahondan esos caracteres mayor es la riqueza acumulada en un pequeño grupo y mayor asimismo la pobreza en las grandes masas que aumentan sin cesar

su número mientras los expertos bien comidos afirman malthusianamente que no es posible alimentarlas. Hay aquí una contradicción dialéctica insuperable entre la socialización de los medios productivos y la apropiación privada. Nkrumah, sin quererlo, atenúa este aspecto esencial del problema, y no advierte que para

que el neocolonialismo deje de ser la fuerza retardataria que hoy representa, tiene que ser negado, esto es, superado. La unidad capaz de irrumpir en este ámbito positivamente debe pasar a la ofensiva con las armas ideológicas preparadas para dar a su acción el carácter de un salto cualitativo. — **A. Rogé.**

ADULTERACIONES DE GEORGI LUKACS

Hemos lamentado que Carlos Astrada, en su ensayo "En torno del realismo socialista", publicado en el primer número de **Kairós**, no haya aprovechado la oportunidad al referirse a los "refritos" de Lukács —haciendo un necesario y más amplio paréntesis— para señalar las adulteraciones de este escritor oportunista. Y sobre todo marcar crasas omisiones y críticas de tipo sectario en su "Destrucción de la razón" y también en su "Historia de la Estética".

Aunque Astrada ha hecho una crítica sobria de la primera de las obras mencionadas, no es redundancia poner con más detalles los puntos sobre las **ies**, desenmascarándolo los fraudes de Lukács. Haremos algunas consideraciones acerca de éste, apoyándonos, en parte, en trabajos del propio Astrada, y en el eco que su crítica a Lukács ha tenido en Alemania.

Con relación a lo último, nos referiremos a la importante obra de Udo Rukser **Nietzsche in der Hispania**, Berna 1962, en la que se valora debidamente las serias y fundadas objeciones que Astrada hace a Lukács con motivo de la adulteración a que este somete el pensamiento de Nietzsche.

Como es ya sabido y dicho sea incidentalmente a título informativo, la C.I.A. ha abierto varios conductos cloacales en Latinoamérica, subvencionando, entre otras, las retraducciones del italiano y del francés de las obras de Lukács, a través de la "Nouvelle gauche" francesa y la "Nuova sinistra" italiana. Asimismo se ha probado fehacientemente, que su mano tenebrosa manejaba la "libertad de la cultura" **subvencionada** con sus revistas y órganos venales. También en la Argentina circulaban los famosos "Cuadernos", que tenían su biblioteca de "la libertad" subvencionada. Vale la pena a propósito de esta "literatura" para consumo

del colonialismo cultural, abrir este paréntesis esclarecedor porque se trata de un fenómeno que delata el atraso intelectual, la falta de información doctrinaria del público lector suramericano que se nutre de las traducciones de escritos europeos que nada o muy poco significan hoy en el área de aquella cultura, público que ignora lo bueno propio y lo ajeno actual. Fenómeno, en parte, explicable por su proclividad por la izquierda revisionista soviética y la izquierda anarcoide troskista y pseudo nacionalista.

Lukács, puesto tan en tardía boga, a base de sus más obsoletas elucubraciones y desvarios estético-'realistas' es autor de una muy mala "Historia de la Estética", escrita con un bajuno criterio sectario, la que incluye un capítulo intitulado "Nietzsche, precursor de la estética fascista". A este pensador —al gran crítico de la cultura burguesa del siglo XIX— lo desconoce y adultera, como Carlos Astrada ha mostrado en su libro **Nietzsche y la crisis del irracionalismo**, págs. 164-174, donde documentada y críticamente pone al desnudo los errores y la falsificación en que acerca de Nietzsche, aparte de su desconocimiento, incurre Lukács.

Nietzsche ha encontrado muy poca o ninguna comprensión entre los marxistas vulgares. Desconociendo su problemática no han sabido enfocarlo y valorarlo críticamente; se han reducido a despotricar contra él. Entre los

marxistas auténticos incluso, una excepción ha sido Franz Mehring —autor también de la mejor obra sobre Marx—, que le ha dedicado muy idóneas y ecuanímes consideraciones. Desde otro ángulo, Astrada, en **El marxismo y las escatologías** (Cap. V, "La escatología del eterno retorno de lo igual") ha hecho la crítica de la concepción individualista nietzscheana de la historia, como asimismo del "eterno retorno", señalando sus antinomias, pero subrayando también lo positivo de su aporte.

Su ajuste de cuentas posterior con la interpretación sectaria y distorsionada de Lukács ha sido valorada, como ya apuntamos, en la obra de Udo Rukser, difundida y comentada por la crítica alemana y europea. **Nietzsche in der Hispania — Ein Beitrag zur hispanischen Kultur und Geistesgeschichte**, Francke Verlag, Bern und München, 1962 (puede sin duda cuestionarse el título de este libro, que incluye a Latinoamérica, porque esta no puede quedar absorbida en la denominación genérica de "Hispania", ni el ámbito de la cultura en lengua castellana, diferenciado, se identifica con el de España). En la página 231, nota 29 (aparte de lo que se expresa en varias páginas acerca de aquel ensayo de Astrada y de la problemática expuesta por él en otros trabajos) se dice: "La desfiguración de la doctrina de Nietzsche sobre el socialismo toma formas grotescas en la agi-

tación política. C. Astrada... se ha vuelto decididamente contra G. Lukács, el que bajo módica repetición de consignas partidarias, designa a Nietzsche como precursor del nazismo, como filósofo reaccionario e instrumento del militarismo imperialista. Astrada se ha tomado el trabajo de iluminar por radioscopia esta charlatanería (Geschwatz) y mostrarla como pobres frases donde la ignorancia se enlaza intencionalmente con la desfiguración".

Son harto conocidas las retractaciones y trampas de Lukács. Del stalinismo al pie de la letra ha pasado a la izquierda revolucionaria, y de ésta al revisionismo más vergonzante. Sus elocubraciones estéticas tienen un itinerario semejante. Así, lo que él dice en un trabajo "sobre la lingüística", en el que elogia a Stalin, arguyendo que lo hizo porque sólo así podía expresarse, pero que en entrelíneas lo criticaba, es un ejemplo típico de oportunismo y mala fe perogrullescos.

Su obra **Die Zerstörung der Vernunft — Von Schelling bis Hitler** merece una glosa crítica, ampliación de la que Carlos Astrada le dedicó en 1960. En la traducción francesa (que es la que tuvimos primero en cuenta) del primer volumen, 1958, el subtítulo del libro es "de Schelling a Nietzsche"; el segundo, 1959, el subtítulo reza "de Dilthey a Toynbee"; en la traducción castellana de toda la obra publica-

da en Méjico, el mismo es "de Schelling a Hitler", con una inaceptable intención peyorativa, con respecto a un gran filósofo como Schelling. Ya en 1960 dijo Astrada sobre **Die Zerstörung der Vernunft**: "...en el Prefacio se nos muestra el verdadero itinerario que es "de Schelling a Hitler!". Una línea que pretende ir doctrinariamente de Schelling a Hitler no es una línea filosófica, sino una **Hybris** de filosofía y anti-filosofía (**Nietzsche y la crisis del irracionalismo**, pág. 166). Ahora, a la segunda parte de su libro Lukács la reedita como separata, bajo el título **Von Nietzsche bis Hitler — Der Irrationalismus und die deutsche Politik**, Fischer Bucherei, 1967.

Singular ha sido el destino de Nietzsche en cuanto a adulteraciones de su pensamiento. Primero la falsificación efectuada en su epistolario por su propia hermana, inventando cartas laudatorias para ella, y ocultando otras en las que la critica duramente por interferir con chismes en su vida personal. El primero en denunciar esta patraña de la Förster-Nietzsche fue E. F. Podach en su libro **Nietzsche Zusammenbruch**, 1930. Después viene la falsificación del pensamiento de Nietzsche por parte de Jaspers, que lo hace cristiano, al igual que algunos escritores profesionales u otros del mismo pelambre, que lo niegan y detraen. Posteriormente, tenemos su

adulteración por el nazismo; es el caso, por ejemplo, de una "selección" de su doctrina, **Nietzsche und der National-Sozialismus**, de un tal Heinrich Härtle, libro en el que se falsean los aforismos o fragmentos de su obra, o se los reproduce trunco, o se inventan otros. Y ahora la del señor Lukács que, en su calculada deformación, evidencia su conocimiento periférico del pensamiento nietzscheano y la ignorancia de lo medular de su problemática.

¿Qué tiene que ver Nietzsche con el nacional socialismo si, como reconoce el propio Lukács, —y acertadamente Astrada le reprocha este anacronismo— "ce-

ALBERINI Y LAS IDEAS POLITICAS ARGENTINAS

Coriolano Alberini desarrolló una intensa labor docente en las universidades de Buenos Aires y La Plata, en particular en las facultades de Filosofía y de Humanidades de ambas ciudades. No sólo fue un distinguido profesor. Desempeñó también el gobierno universitario y orientó la enseñanza superior con sus innegables dotes de organizador y de pedagogo. Es autor, asimismo, de una dispersa obra filosófica, un tanto fragmentaria, como consecuencia de su dedicación a la cátedra y

só de pensar antes de iniciarse la era imperialista?"

Por último, en **Die Zerstörung der Vernunft**, Lukács, que pretende abarcar el panorama universal de las ideas del siglo XIX al XX, ha dejado una laguna: se ha olvidado del "neo-tomismo", como si este no fuese una negación destructora de la razón, puesto que esta dirección dogmática y confesional reduce la filosofía a *ancillae theologiae*. Por otra parte, Lukács deja sin explicación, merced a su concepto restringido de "razón", el hecho que el "irracionalismo", en más de uno de sus avatares se nutre subrepticamente o confesadamente de la razón. — **M. B.**

a sus tareas administrativas, aunque reveladora de su amor por la disciplina y de su empeño por enaltecerla.

Precisamente se ha publicado en La Plata, con el título **Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina** un volumen que reúne una selección de trabajos del mencionado profesor. Entre esos ensayos figuran "La filosofía alemana en la Argentina", que se edita por primera vez en castellano, y que constituye un conjunto de conferencias que Alberini pronunció en diversas universidades alemanas en 1930; se incluyen, además, "La metafísica de Alberdi", "La filosofía y las relaciones internacionales", y otros escritos.

El tiempo no ha pasado en vano para este autor que en su hora se enfrentó bravamente con un escuálido y retrasado positivismo, del que, por desgracia, quedan aún muchas muestras entre la **intelligentsia** argentina. Alberini lo denunció y organizó el asalto contra él si bien la victoria sobre el supuesto enemigo resultó más aparente que real. El positivismo fue, sin duda, un hijo dilecto de Gran Bretaña y llegó a estas playas como un producto más de su quincalla ideológica —la ofensiva económica inglesa se hallaba aquí en pleno desarrollo— aunque ya en las islas era abandonado por sus peligrosas concepciones con el materialismo. En su cuño spenceriano originario —casi desconocido para nuestros antepasados— la filosofía positivista resultaba un arma de doble filo. Es verdad que su creador le dio el indispensable sesgo burgués que ostenta, pero Spencer —como Haeckel— era un científico informado. Sus divulgaciones, su contacto con Darwin, iban más allá de las necesarias conveniencias. El movimiento de los idealistas absolutos de 1870 al 90, que enarbó un hegelianismo sin Hegel, vino a remendar las brechas imprudentemente abiertas por Spencer, y a estrechar la unidad entre la filosofía y la religión, en tanto la ciencia quedaba fuera de toda tentación dialéctica.

Los rebeldes argentinos combatieron al positivismo —"char-

latanería conciliadora"—, rama bastarda que descendía de la gran disgregación idealista, mediante un idealismo de origen también él muy dudoso. ¿Y este idealismo que se apoyaba en Meyerson, Bergson, Mach u Ortega, estaba tan lejos del dismuido epígono de Saint Simon? Creemos que todas esas versiones de una filosofía que disimula sus compromisos de clase para reivindicar un presunto reino de la especulación pura, pertenecen a una raíz común bien conocida.

La reacción que en la Argentina se inicia contra el positivismo, sin quitarle el mérito de haber removido la escoria especulativa acumulada por médicos y abogados ignorantes, adueñados del templo de Minerva, fue una cuña introducida en nombre del liberalismo político y económico. Reforzaba las mallas ideológicas de una concepción del mundo que debía adaptarse al proceso creciente de infiltración capitalista. Puede hablarse de una especie de inseminación filosófica artificial para fecundar el predio inculto de la Pampa. Es la anticipación de la plataforma intelectual que yace detrás del "fraude patriótico" y del pacto Roca-Runciman.

Es innegable que la exégesis que Alberini aplica a nuestro pasado ideológico se confunde esencialmente, en el fondo y en la forma, con la tradición liberal, pues enfoca las lucubraciones

políticas de algunos modestos pensadores de nuestra historia con los cristales de aumento de la clase dirigente. Se trata, entonces, de un compromiso que no alcanza a cubrir las apariencias y que confunde los límites de la historia, la política y la filosofía, la que aparece como simple manto para cubrir un manifiesto malabarismo especulativo. Y no es el caso de suponer que el autor que nos ocupa constituye una desviación; otros, como Korn y Rougés, para citar compañeros de ruta menos aventajados, filosofaron con estolidez inaguantablemente burguesa.

El juicio sobre Alberdi es hiperbólico. El tucumano resulta metafísicamente beneficiado más allá de toda medida. Quien no pretendió en su madurez ser más que el jurista diligente de la burguesía en ascenso y el portavoz de los ideales de vida anglosajona se encuentra así con la gloria filosófica y disputa con Herder la palma del historicismo.

Tal vez el exceso de generalización y el propósito de presentar un Alberdi romántico, que choca con muchas fórmulas crudamente pragmatistas de **Las Bases**, ha impedido mostrar la dimensión auténtica del publicista argentino a quien ese libro lo ha aplastado con una fama de genio burgués que en efecto, no merece. Si esa pantalla no se interpusiera entre él y la realidad que lo circundó quizá sería posible

descubrir que Alberdi no fue siempre tan insensible para lo nacional como aparece en la interpretación que comentamos, y que su liberalismo, amasado mediante influencias muy variadas, por lo general de origen indefinido, no le impidió a veces ver algunas de sus deformaciones y no pocos de sus propios errores.

Esa visión filosófica de 1930, que configura una franca apología de la **belle époque** conservadora, no ayuda a orientarse en la realidad argentina porque ha desconocido el esfuerzo nativo para superar las ataduras económicas que son consecuencias de otras más gravosas aún: las del intelecto. Olvidó, además, Alberini en su apresuramiento historicista que Echeverría —maestro del tucumano en este aspecto— aconsejaba con clara intención nacionalista, si se nos permite usar el término en su correcto sentido, “no salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad”.

Por supuesto, estas reflexiones sobre algunos de los ensayos claves de Alberini, que aparecen en el volumen que nos ocupa, no significa que desdeñemos su aporte al desarrollo de las ideas filosóficas argentinas. Tampoco pretendemos negar los atisbos historicistas que descubre en Alberdi. Aunque la fina flor del herderismo, que recoge la rica

herencia neoplatónica, la de Shaftesbury, la del Sturm und Drang, sin olvidar a Rousseau y a Goethe, no podía aclimatarse directamente en la Pampa, influyó en verdad en los argentinos del 37, a la distancia. Hasta Alberdi llegan esos reflejos por medio de Gutiérrez y en particular de Echeverría, quien conoció al filósofo alemán en la traducción de Quinet. Pero Alberini, sin duda inconscientemente, desaloja a estos precursores en favor del autor de **Las Bases**, donde la presencia de Herder no es fácil de descubrir; por lo menos la burguesía portuaria y la oligarquía ganadera no defienden al padre espiritual de la Constitución del 53 por tales motivos.

ARNOLD HAUSER Y SUS TRADUCTORES

El primer trabajo de este autor publicado en nuestro idioma, **Historia social de la literatura y el arte**, produjo un verdadero impacto entre los estudiosos y el público inclinado a estas disciplinas. Lo mismo ocurrió con las versiones inglesa y alemana. Varias ediciones se han agotado a partir de 1951, y, por cierto, la obra tiene méritos suficientes para merecer tan halagadora acogida. Posteriormente el autor ha dado a la imprenta otros libros, **El manierismo**, original enfoque sobre el tema, e **Introducción a**

Es de lamentar, por otra parte, que los discípulos de Alberini no hayan ahondado las vetas historicistas del recordado maestro, pues es fácil ver que de ese modo se podría también alcanzar la revaloración de lo nacional que nos facilitaría el contacto con la perdida raíz de nuestros comienzos. Y es claro que por ese camino llegaríamos a establecer cómo a medida que los argentinos nos hemos abandonado a ideas filosóficamente desinteresadas, ajenas al quehacer histórico, más despojados nos hemos visto de nuestro patrimonio material, de nuestra libertad, y de nuestra condición de pueblo viril capaz de asumir su destino en sus propias manos.

la historia del arte, que también se han editado en España, y en los que Hauser revela su erudición y su talento. Formado al lado de maestros tales como Max Dvorak, George Simmel, Henri Bergson, Gustavo Lanson, Werner Sombart y Ernst Troeltsch, domina el profesor húngaro, hoy radicado en Inglaterra, un amplio horizonte de la cultura artística y las técnicas de diversas disciplinas afines fundamentales. Merced a la posesión de este rico bagaje conceptual, Hauser ha podido iluminar toda la historia del arte de Occidente e introducir al lector en su entraña viva. Su método, de innegable raíz dia-

léctica, no sólo ha conectado el pasado remoto del artista primitivo con las etapas sucesivas y la modernidad, sino que ha mostrado el entronque de los problemas estéticos a lo largo de la historia. Tampoco ha olvidado Hauser, y este detalle es decisivo en su obra, la gravitación y la influencia que la vida política, económica y social ha ejercido de manera continua sobre el arte. Todos éstos son motivos suficientes para que un libro como la **Historia social de la literatura y el arte** haya merecido el honor de varias ediciones en los medios más exigentes.

El libro que aquí nos ocupa exhibe una alta jerarquía intelectual que no necesita ser encañecida. Por desgracia, empero, no se puede decir lo mismo de su traducción "al español", según reza en la tercera edición madrileña, de 1964. No es posible saber, porque no hay ninguna indicación al respecto, si para hacerla se tomó como base la edición inglesa o la alemana. Con cierta ambigüedad se citan las dos fuentes. [Una confrontación con ambas nos ha permitido comprobar que el resultado ofrecido al público de habla hispana desluce, en muchos aspectos, el brillo del original. Las fallas son de diversa clase. Hay erratas debidas a la carencia de control de las correcciones, otras causadas por desajustes del lenguaje, párrafos incompletos y, también, y esto ya es más grave,

algunas omisiones, que hacen pensar en una mutilación por razones ideológicas.

Dentro de este tipo de errores podemos agrupar muchos que afean la obra y dan la medida del descuido con que se ha procedido. Así, en la página 133, de la edición española, tomo primero, se lee: "Ahora, por fin, logra tener la burguesía su propio teatro". Pero el original inglés dice: "Por fin, el burgués posee su propio teatro en el que realmente se siente cómodo". En la página siguiente se expresa: "Después de una época en que predomina un estilo fuertemente helenizante", en tanto que en el otro texto se manifiesta: "Después de la época de Augusto..." Esta otra muestra de la página 139 revela la tendencia imprecisa de la traducción: "El impresionismo, tal como se expresa, por ejemplo, en el cuarto estilo pompeyano, es por su virtuosidad técnica de mera sugestión, el más refinado modo de expresión artística que ha desarrollado la clase dirigente de la gran ciudad de Roma". Con menor esfuerzo podemos leer en inglés: "El impresionismo del cuarto estilo pompeyano, con su virtuosidad de sutil sugestión, es el producto refinado de la inteligencia urbana de Roma".

Eludimos las referencias sobre errores frecuentes, como imitación en lugar de limitación, físico en vez de fisco, adoptar por adaptar, romántico por románi-

co, testamento por testamento, y las frases incompletas que abundan. Así, en la página 169 se expresa: "Pero después de la paz de la Iglesia ya no había que temer...", donde sin duda debió decirse "la paz de la Iglesia y el Estado". En la página 236 se habla de "maestros escolares" con lo que quizá se intentó decir "teachers and scholars". También en la página 285 se dice que "la idea de la unidad perfecta de las facultades y funciones psíquicas es una función romántica", aunque sospechamos que en este último caso se quiso poner ficción. En la página 390 un párrafo que comienza: "A diferencia de la clase señorial de las otras ciudades italianas..." carece en absoluto de sentido.

Muchos de los errores señalados, a los que podrían agregarse otros tantos, con ser muy serios, puesto que desvirtúan el sentido de diversos pasajes, pueden ser salvados por el lector atento. La responsabilidad de la editorial no se duda por ello, pues la obra se vende a un precio que debe cubrir los gastos que demanda su cuidadosa atención.

Sin embargo, hay algo más grave que lo puntualizado. Se trata de la mutilación del texto original. Han sido omitidos párrafos íntegros en los que Hauser formulaba juicios sobre personajes y hechos históricos, los que lejos de constituir una diatriba no encierran otra intención que la de poner las cosas en su

lugar. En la página 412 leemos: "En 1527 se lanzan 12.000 lansquenets contra Roma para dominar a Clemente VII. Se reúnen con el ejército imperial a las órdenes del Condestable de Borbón, caen sobre la Ciudad Eterna, y la conquistan en ocho días. Las bases de la cultura renacentista parecen destruidas..." Mas en los otros idiomas se dice: "En 1527 doce mil mercenarios se movieron contra Roma para castigar a Clemente VII. Unieron sus fuerzas con el ejército imperial, dirigido por el condestable de Borbón, invadieron la Ciudad Eterna y ocho días más tarde la dejaron en ruinas. Saquearon los templos, violaron y maltrataron a las monjas, mataron a los sacerdotes y a los monjes, convirtieron a San Pedro en un establo y al Vaticano en cuarteles. Los fundamentos mismos de la cultura...", etc.

No registramos los cortes que se han introducido en la página 414, donde se hacen referencias a los capitalistas Fuggers, Carlos V y el Papa, para ocuparnos sólo del pasaje de la página 422, el que después de mencionar los modelos de figuras históricas presentadas por Maquiavelo, dice: "Pues, ¿qué otra cosa fue Lutero, el fundador de la religión popular por excelencia, que luego entregaba el pueblo a los señores, y dejaba que la religión de la interioridad se convirtiese en el credo de la clase social más hábil y más decididamente

mundana? ¿Y qué fue toda la economía capitalista, sino una abstracción de la teoría de Maquiavelo? Los textos alemán e inglés, en cambio, son más ricos en sus comparaciones, pero éstas han sido eliminadas por los traductores españoles. En lugar de lo transcripto y sin estrujar el original leemos: "Pues, ¿qué más fue Carlos V, protector de la iglesia católica, quien amenazó la vida del Padre Santo e hizo destruir la capital de la cristiandad? ¿Y Lutero, el fundador de la moderna religión del pueblo por excelencia, quien traicionó a la gente común frente a los señores y convirtió a la religión de la interioridad en el credo del estamento más eficientemente práctico de la sociedad y el más profundamente envuelto en los intereses mundanos? ¿Y Ignacio de Loyola, quien hubiera crucificado a Cristo por segunda vez si las enseñanzas del Señor resucitado hubiera amenazado, como en el relato de Dostoievsky, la estabilidad de la Iglesia? ¿Y

UN PREMIO NOBEL PARA INDOAMERICA

El premio Nobel de Literatura ha recaído este año en el escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias. La elección de la Academia Sueca de una obra "arraigada en la originalidad del pueblo" viene a confirmar de manera irrefutable estos dos supuestos por los que hemos com-

qué otra cosa fue todo príncipe de la época que sacrificó el bienestar de sus súbditos a los intereses de los capitalistas? ¿Y qué fue toda la economía...", etc.

Sería inútil continuar para documentar el descuido, la irresponsabilidad o quizá la mala fe y la falta de respeto por el lector y el autor —quien, según parece, sabe algo de castellano— con que se ha procedido al preparar esta traducción. Lo dicho se refiere sólo al primer tomo de la importante obra. Mas debe añadirse que ni éste ni el segundo contiene fe de errata alguna que demuestre el desigmo de salvar aunque sea en parte los graves desafueros cometidos.

Creemos que en España pueden realizarse trabajos mejores que éstos, o de lo contrario se demostraría que la industria editorial de ese país no tiene derecho a intervenir en el mercado del libro americano en igualdad de condiciones —o aun ventajosamente— frente a la Argentina.

Alfredo Llanos

batido en la maraña de intereses de nuestro colonialismo cultural. Primero —y lo repetimos con las palabras del filósofo Carlos Astrada— "solo por la vigencia de un estilo anímico y cultural en consonancia con la tierra, con un paisaje humanizado por generaciones sucesivas, volcadas todas ellas a una tarea común y con sentido de continuidad, un pueblo, una comunidad nacio-

nal, puede tener en la instancia universal de la historia, "acepción a la grandeza". Y segundo, que América Latina aporta a la literatura universal, con el realismo, una novelística que define la singularidad del hombre y de la tierra americana. Miguel Angel Asturias es una de las voces mayores en ese conjunto de novelistas ejemplares de Indoamérica, a la que con lúcida conciencia han adherido muchos jóvenes talentos —Vargas Llosa, García Márquez, Leñero, del Paso, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, etc.— y a la que las nuevas promociones argentinas apuntan con decisión.

El escritor guatemalteco, hombre de cultura, pudo realizar esa síntesis viva de lo popular autóctono con los ideales de un pensador, porque convivió y se identificó con las luchas de su pueblo. Y su novelística es la más típicamente americana, perfecta conjugación de una vasta cultura con el ancestro poderoso de su raza maya. Asturias tiene una producción fecundísima en la poesía, el cuento, la novela, el teatro. Pero es en la novela y sobre todo, con "El señor Presidente" y la trilogía de las plataneras, "El papa verde", "Viento fuerte" y "Los ojos de los enterrados", que su nombre alcanza proyección universal.

La novelística de Asturias sorprende por esa capacidad de mostrar toda la crueldad, la miseria, la explotación con un lenguaje donde las esencias vernáculas afloran con un colorido y fascinación elemental y salvaje. El mismo ha definido su novelística con la teoría también suya, de realismo mágico. Y en verdad su novela no acepta otra definición porque su obra armoniza admirablemente el realismo con la magia: la miseria de su pueblo palúdico y hambriento entregado a la esclavitud por gobiernos voraces con la magia del Popel Vuh, milenios de leyendas cósmicas de la raza mayaquiché.

Nada significa entonces, el retaceo mezquino con que cierta prensa dio cuenta de la personalidad del galardonado escritor guatemalteco, y que editorialmente con inusitada beligerancia antirrevolucionaria se lamentara en vano porque a un eterno autostulante de "literatura abstracta" sin raíz nacional no le fuera concedido el premio. Mal que les pese, Indoamérica seguirá dando novelas y novelistas como Asturias para que un día, según la leyenda, "los ojos de los enterrados" pueden cerrarse en la paz de la justicia social.—

IVERNA CODINA.

LIBROS RECIBIDOS

Carlos Astrada, **Fenomenología y Praxis**. Exposición crítica sobre la base de textos desconocidos en castellano.

Luis Juan Guerrero, **Promoción**

SINCOPE LITERARIO DESDE ESTOCOLMO

La resolución de la Academia sueca ha provocado escándalo y consternación desde un polo hasta el otro. Particularmente en Buenos Aires donde en ciertos círculos se esperaba que aterrizará el premio largamente anhelado. También en Londres y en Nueva York la amargura ha sido grande si auseultamos el tono de los diarios importantes, eufemismo con el que, entre otros, se describe a la prensa burguesa.

En realidad la alarma de las publicaciones porteñas es totalmente injustificada y sólo revela una gran dosis de aldeana envidia y mezquindad. El galardón está en buenas manos, tal vez una de las mejores que en la América enajenada y expoliada, levantaron la pluma para escribir, según expresa el secretario de aquella docta corporación. "de un nuevo y ardiente tema: la batalla contra el dominio de los trusts norteamericanos en la hechura de la United Fruit". Que en Suecia se hable este lenguaje casi oficial-

y requerimiento de la obra de arte. Corresponde al tomo tercero de la estética del desaparecido profesor universitario. El tomo segundo se había publicado en 1957.

Martín Heidegger, **Being and Time**. Versión inglesa de John Macquarrie y Edward Robinson.

mente no puede causar asombro en el resto de Europa o demás partes del planeta donde se siguen de cerca los acontecimientos culturales y su compleja relación con los hechos políticos y económicos. La monarquía socializada del mencionado país —o, mejor, quizá, su socialismo monarquizado— parece consciente de la necesidad de modificar el enfoque que la gente que no pierde contacto con la realidad debe mantener frente a un mundo en cambio permanente y acelerado.

En las actuales circunstancias un premio a Asturias —aparte de sus méritos intrínsecos como novelista— puede reeditar, visto con ojos suecos, mucha más simpatía general que una distinción otorgada a uno de los tantos literatos argentinos que se desviven en genuflexiones frente a la concepción cristiana y burguesa de la vida. Es más simple esta explicación que la otra, que intenta culpar a la Academia de coexistencia ideológica o de condescendencia frente a una de las formas de literatura comprometida, aparte del innecesario agravio inferido a un jurado inteligente que precisa-

mente con este fallo da una muestra cabal de su buen juicio y de su sensibilidad artística. Sólo en ciertos sectores de la vida intelectual argentina cuya esclerosis histórica comenzó en las vísperas de la primera guerra, y se ha acentuado desde 1914, puede pensarse en serio que determinados hombres de letras, surgidos de la tradición liberal, mezclada con el tásajo, la lana y la alta mestización del ganado, pueden tener alguna dimensión universal.

Por otra parte, el concepto de literatura comprometida merece ser aclarado para evitar equívocos. Si se pretende con esta expresión separar a los réprobos de los representantes puros, hipócritas cultores de un sedicente género abstracto, es evidente que con ello no se hace más que confundir el problema. En efecto, existe sólo una clase de literatura —sin excluir su calidad, por supuesto— y toda ella está siempre comprometida, ya con la derecha ya con la izquierda. Una tercera posición fuera de estos dos subtipos no se da porque la creación **desinteresada** de alguna manera defiende convicciones arraigadas, ideas preconcebidas, estructuras objetivadas y prejuicios superados por la evolución histórica, que aunque no se mencionen, están latentes en la **fuga** del escritor de su propio medio o en la ocultación deliberada o inconsciente de la realidad que lo circunda.

No se trata, en el caso que nos ocupa, de desmerecer la ubicación que muchos escritores tienen ganada en el ámbito interno de la cultura oficial, cuya menesterosidad se evidencia por el incidente provocado tan a destiempo entre nosotros. Cada uno de los miembros de esta familia representativa ocupa, en efecto, dentro de la constelación prefijada por el proceso económico que nos distingue, el sitio que merece, y goza de las prebendas y sinecuras que están a su alcance. Es el derecho que da la victoria dentro de la lucha de clases. Sería un resentimiento estúpido envidiar su elevación o desear compartir su lugar, o lo que sería más trágico, desempeñar su tarea. Pero sí es cierto que dentro de los confines de este cono suramericano, que con las honrosas excepciones conocidas, nos sirve de inmenso potrero literario pueden discurrir tranquilamente las diversas especies de esta fabulosa república de grafómanos, también es verdad que si intentamos cruzar la frontera con determinados exponentes nos arriesgamos a que, como en el ejemplo de la belleza de Shangri-la, esos escasos méritos se desvanezcan inmediatamente.

Es indudable que este pequeño escándalo creado con toda imprudencia y rastacuerismo, y magnificado con algunos toques de mal gusto, debe ser un llamado de atención para un sector de la vida intelectual argentina que no

ha advertido el paso del tiempo ni las grandes transformaciones históricas que agitan al mundo desde hace varias décadas. Es necesario despertar ante una realidad imperiosa que nos exige un cambio de óptica intelectual. A los hechos históricos no los podemos eludir con mensajes periodísticos ni con gestos airados. Están ahí esperándonos en cuanto salimos del puerto para recordarnos que nuestro atuendo mental está envejecido y que la grandeza ar-

CINCUENTENARIO DE LA REVOLUCION

En septiembre de 1917 Lenin suspendía su trabajo **El Estado y la Revolución**—que quedó definitivamente trunco— y abandonaba su refugio en Finlandia para asumir la jefatura del movimiento que cambiaría la historia de Rusia y el orbe, porque de acuerdo con sus propias palabras “es más agradable y provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir sobre ella”.

Muy poco después de esa fecha se precipitaron lo que Reed llamó diez días que estremecieron al mundo. Este cambio violento, que se inserta al fin de una serie de grandes acontecimientos ideológicos que durante tres siglos agitaron a Europa y América, constituye la culminación de un proceso histórico que ha modificado

gentina sólo se podrá edificar sobre la riqueza material recuperada. La Argentina intelectual de ayer, representada aún por muchos sobrevivientes, ha muerto en Estocolmo sin ninguna gloria, si es que se esperaba su reconocimiento. El porvenir, sin embargo, es de la sangre joven que, sin tener en cuenta este minúsculo episodio, trabaja con modestia y ahinco para brindar al país la literatura comprometidamente libre que otros cultores, **nonchalamment engagés**, no quisieron darle,

las bases de la vida humana. Hace justamente cincuenta años la revolución rusa de octubre (noviembre para nuestro calendario) eliminaba uno de los gobiernos más despóticos que había conocido el mundo y saltando por encima de las teorías consagradas por la ciencia política hasta entonces admitida confirmaba el contenido real de la doctrina de Marx. El meollo racional que éste había descubierto en la dialéctica hegeliana emergía concretamente; cobraba materialidad para convertirse en la palanca impulsora de una sociedad liberada de sus ataduras ancestrales, la cual se aprestaba, en medio de los más terribles desgarramientos, a movilizar la fuerza creadora de un pueblo adormecido por la ignorancia, el fanatismo religioso y esclavizado por las estructuras feudales,

El formidable experimento se

proyectó en una escala geográfica y económica distinta a cuanto había conocido la historia del hombre y la dinámica interna que imprimió a sus acciones revelaron, a medida que aumentaba su intensidad, las facetas soterradas más auténticas de la existencia comunitaria. La energía condensada durante siglos de luchas y fracasos pasó de la potencialidad a la actualidad. Podrían citarse, al efecto, antecedentes luminosos de las transformaciones cualitativas operadas de golpe en el nuevo escenario instaurado por la revolución que prueban clara afinidad con el sector rebelde de los viejos intelectuales rusos. Es la uva en agraz que llega a la madurez. El segundo decreto del gobierno triunfante, por ejemplo, traduce la esencia de la afirmación de Tolstói —“espejo de la revolución”— cuando éste repite: “La tierra no debe ser un objeto de propiedad particular ni de compra y venta, lo mismo que el aire, el agua y el sol. Todos los seres humanos tienen sobre la tierra y lo que ella produce un derecho igual”, aunque el problema se resolvía al margen del contexto utópico que había obsedido al célebre escritor.

Si se exceptúa el efímero intento de la Comuna de París de 1871 —tan modesto en sus derivaciones inmediatas si bien fecundo en sus consecuencias doctrinarias— nada hay comparable en los fastos revolucionarios a este fervoroso momento de la vida rusa. Como modelo inédito de reforma social

cumple el designio de correlato entre la revolución democrático-burguesa y la proletaria socialista. Es decir, mediante un salto dialéctico transforma la primera en la segunda, punto que constituye su aspecto más significativo. Se ha afirmado también, que la segunda consolida la obra de la primera, según la exigencia ineludible de una nueva situación histórica que niega lo estéril del pasado pero conserva lo valioso que éste ha creado y lo incluye en el torrente del devenir, con lo que se demuestra la tesis de Engels de que el proletariado es el heredero de la cultura burguesa.

Sin duda es válido el juicio que definió las jornadas de octubre —lo expresa una revista americana que no puede ser tachada de marxista— “como la epopeya triunfal de un pueblo que salió del analfabetismo a la conquista del espacio”. Empero, sus horizontes no se encierran en esas fronteras pedagógicas y técnicas. Hay en su impulso originario un anhelo de universalidad y redención terrenal que renuncia conscientemente a toda trascendencia para situarse en el plano de las relaciones sociales, como único lugar en que transeurre y se realiza el destino de los hombres. Por eso, cuando se considera su génesis humanitarista y se evoca la tremenda conmoción en sus comienzos heroicos, en los días trágicos en que debió sostenerse frente al cerco extranjero, la guerra civil y hasta la ciega hostilidad de la naturaleza, se advierte

sin esfuerzo la plenitud de su dramático mensaje y la decisión inquebrantable de modificar el mundo según la vital herencia recibida a través del pensamiento filosófico más avanzado de todos los tiempos.

Este acontecimiento marca, pues, un jalón definitorio en la historia universal que hoy tiende a unificarse sobre la base de la socialización de la riqueza y de la paz con justicia para todos los pueblos de la tierra. Y ese trasfondo doctrinario que lo fundamenta debe ser la garantía de su realización. La experiencia acu-

mulada del saber de la humanidad en la forma del socialismo utópico francés, la economía clásica inglesa y el acervo de la gran filosofía alemana de su período más glorioso, funcionalizados dialécticamente, constituye el instrumento idóneo de esta transformación general. Ofrece, frente a la concepción egoísta, ya antisocial, de la propiedad privada y la apropiación individual de la producción, el contraste abrupto y renovador de asociar fraternalmente a todos los hombres mediante el trabajo colectivo y el goce de los bienes así conquistados.

EDITORIAL DEVENIR

- Molinari, Diego L.:** ORIGENES DE LA FRONTERA AUSTRAL ARGENTINO-CHILENA. PATAGONIA. ISLAS MALVINAS Y ANTARTIDA \$ 300.—
- Molinari, Diego L.:** PROLEGOMENOS DE CASEROS \$ 400.—
- Llanos, Alfredo:** HISTORIA DEL VASALLAJE EN EL PLATA \$ 200.—
- Bajaría, Juan Jacobo:** LA POLEMICA REVERDY-HUIDOBRO. ORIGEN DEL ULTRAISMO \$ 150.—
- Cané, Miguel:** LA DIPLOMACIA DE LA REVOLUCION
- El Director Pueyrredón y el Emisario Le Moyné** \$ 100.—
- Andrade, Olegario V.:** LAS DOS POLITICAS Consideraciones de actualidad \$ 100.—
- Astrada, Carlos:** TIERRA Y FIGURA \$ 200.—
- Sorel, Jorge:** REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA \$ 300.—

SOLICITE NUESTROS LIBROS EN TODAS LAS
LIBRERIAS DEL PAIS

LIBRERIA CIENTIFICA Y LITERARIA

“PLATERO”

*Derecho - Economía - Sociología - Política - Historia
y Literatura Argentina y Americana - Libros
Agotados y Raros*

ENVIENOS LA LISTA DE SU INTERES

SOLICITE NUESTROS CATALOGOS
Y LOS DE LA EDITORIAL DEVENIR

TALCAHUANO 468

T. E. 40-2012

Buenos Aires — República Argentina

CARLOS ASTRADA:

Dialéctica y Positivismo Lógico

*La logística estudiada como
ideología del subdesarrollo
filosófico*

Edición DEVENIR

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS